



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Tejiendo Resistencias

Acción colectiva de mujeres en Flor de Maroñas

TRABAJO FINAL DE GRADO

Producción empírica: Sistematización de experiencias.

Estudiante: Mía Zabala 5.085.845-1

Docente Tutora: Prof. Adj. Maria Ana Folle.

Docente Revisora: Prof. Adj. Maria Daniela Osorio.

Compañeras de tutoría: Josefina Fraga, Laureana Guillermo.

Montevideo, Uruguay

Octubre, 2022

Índice

1. Resumen	p.2
2. Mapa de ruta	p.3
3. Metodología	p.8
4. Situemos la experiencia	p.12
5. Análisis Crítico	p.17
5.1 Devenires participativos: acción colectiva entre mujeres.....	p.18
5.2 Pactos emergentes entre mujeres: ¿Cómo se hace frente a la violencia contra la mujer en el barrio Flor de Maroñas?	p.27
5.3 Políticas del cuidado: resistir en interdependencia.....	p.33
6. Resignificaciones Finales	p.38
7. Bibliografía	p.41

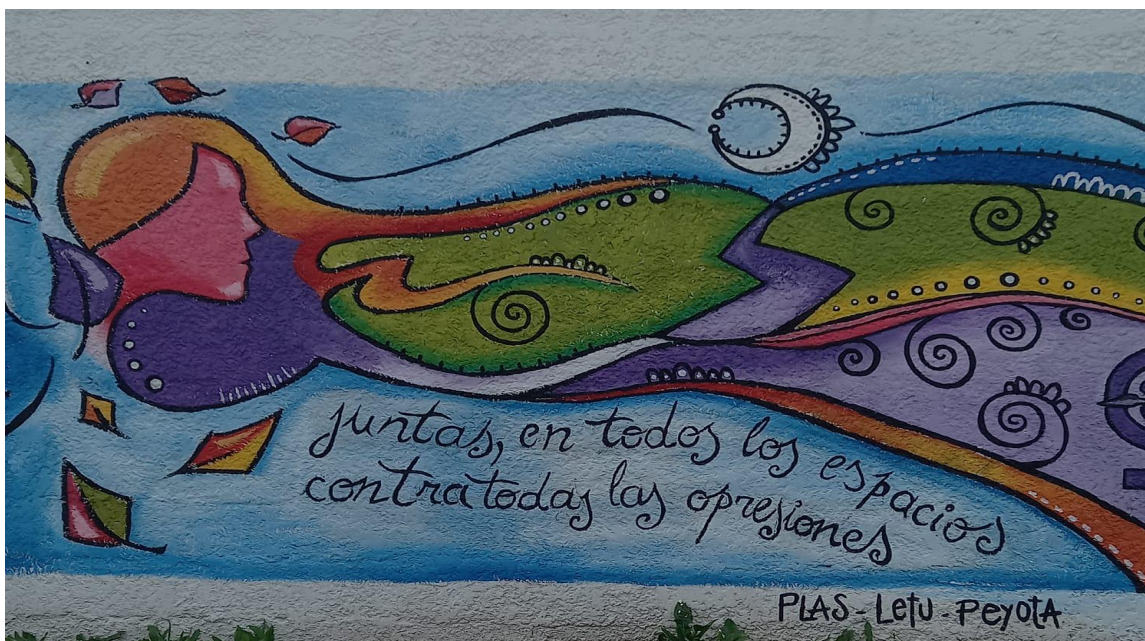
Resumen

Esta sistematización es una composición política, la misma se enmarca en mi integración al Instituto de Psicología Social, dentro del proyecto: "Crecer en la diversidad: experiencias colectivas en espacios públicos barriales de Flor de Maroñas" (CSEAM 2022-2023), del Espacio de Formación Integral "Interdisciplina, Territorio y Acción Colectiva" (Facultad de Psicología e ISEF), cuyo objetivo principal es contribuir al fortalecimiento de las tramas colectivas en el barrio Flor de Maroñas. Desde una metodología feminista de investigación, esbozo un análisis crítico de mi experiencia con el grupo de mujeres 8M Flor. De esta forma, hago una lectura de sus devenires participativos en clave de acción colectiva en el entendido de que, la participación comunitaria de las mujeres, es un hecho que ha sido invisibilizado a lo largo de los años por múltiples factores vinculados al sistema capitalista-patriarcal-colonial. Esta expresión colectiva, si bien surge a partir de la descentralización de las movilizaciones por el Día Internacional de la Mujer en el año 2020, se mantiene en el tiempo hasta el día de hoy, principalmente como un espacio para fortalecer las redes entre mujeres y hacer frente a la trama de violencias que las afecta cotidianamente. Se entiende al entre mujeres como una estrategia, para hacer frente a estas últimas y a su vez para sostener nuevas formas de hacer política a través del cuidado mutuo, lo cual da pistas para pensar en la resistencia desde nuevos parámetros interpretativos, donde la interdependencia es puesta en el centro.

Palabras clave

Acción Colectiva - Entre mujeres - Políticas de cuidado - Interdependencia - Resistencia

Mapa de ruta



[Fotografía de Mia Zabala]. (Plaza Flor de Maroñas, 2022)

“(...) los problemas personales son problemas políticos. No hay soluciones personales por el momento. Solo hay acción colectiva para una solución colectiva (...)”

(Carol Hanisch, 2016, p.14)

Me pregunto, cómo escribir desde la inmortalidad y el movimiento para construir indeterminación constante. Cómo plasmar lo afectivo que siempre está presente y compuso el principal ingrediente para una constante transformación durante esta experiencia. Con la escritura como compañera, esbozo partes de la potencia que se teje entre mujeres en Flor de Maroñas. Esto es un mensaje vivo, que busca habitar a quien lo lea, para abrir caminos posibles hacia un devenir compartido. Por ello y más: este trabajo es personalmente colectivo.

Al llegar al barrio el 8 de marzo de 2022 procedimos con mi tutora de práctica a caminar hacia la plaza de Flor de Maroñas, mientras ella me comentaba algunas particularidades del barrio, yo no podía dejar de pensar en torno a mis expectativas vinculadas a la posibilidad de trabajar junto a un grupo de mujeres. Las 8M Flor¹ son un grupo autónomo de vecinas que han tendido redes entre mujeres del barrio, para hacer frente y proclamarse en el

¹ A lo largo del trabajo voy a hablar de “Las 8M Flor” en lugar de “El 8M Flor”. Por otro lado utilizo la palabra “grupa” en lugar de “grupo” para identificarlas, como parte de mi estrategia metodológica de escribir en femenino.

espacio público barrial² contra la violencia hacia mujeres, niños, niñas y adolescentes, poniendo en el centro la problematización de las continuas vulneraciones que sufren producto del sistema patriarcal.

Este grupo de mujeres se ha sostenido en el tiempo, configurando un espacio que ha potenciando los procesos participativos de las integrantes en el barrio, a través de las múltiples alianzas que allí se componen. Los mismos, se sostienen en prácticas que ponen en el centro la reproducción de la vida, a través del cuidado mutuo y en red. Se destaca además, la potencia que este grupo tiene como espacio que favorece procesos de agenciamiento colectivo entre mujeres, ya que se promueven nuevas formas de hacer política estrechamente vinculadas a la interdependencia.

A partir de mis múltiples acercamientos a los espacios que ellas³ habitan, como son las comisiones barriales, manifestaciones en la plaza y posteriormente encuentros individuales, fue movilizándose un cuestionamiento que dio luz a este trabajo final de grado: ¿Qué las convoca a participar?, ¿Cómo se configura la participación en este contexto?, ¿Por qué formar un grupo de mujeres y proclamarse en el espacio público barrial? y ¿Qué posibilita este grupo en términos de agenciamiento colectivo?.

Por otro lado, pero relativo a lo esbozado anteriormente, la mayoría de las integrantes más activas han configurado flujos participativos en el barrio que las ubica como “referentes barriales”, de esta forma muchas de ellas son consideradas como pilares fundamentales en lo relacionado a la gestión de recursos del barrio. Esto se hizo central en mi intervención, ya que muchas de ellas forman parte del grupo 8M Flor, lo cual llevó a preguntarme: ¿Cómo sostienen los espacios de militancia?. Vinculado a esta pregunta fue surgiendo de mi parte el interés en torno a los roles de cuidado y cómo de alguna forma, la emergencia de este grupo podría vincularse al autocuidado mediante del sostén mutuo. En relación a estas estrategias de sostén mutuo: ¿Podrían estar construyendo nuevos significantes para pensar la resistencia desde nuevos marcos interpretativos? y de ser así: ¿Cómo se configuran los mismos?.

Estas preguntas componen un campo de problema, lejos de buscar respuestas, las mismas han servido para ir movilizando aspectos que hacen a cómo fui habitando esta intervención. En esta experiencia por momentos me encontré completamente sumergida por los vínculos que allí se fueron configurando, lo cual dio lugar a que las emociones fueran

²Se entiende al espacio barrial como un espacio con “carga de significado subjetivo que establece codificaciones sobre lo perceptible: lo que se cree y se sabe” (Da Fonseca et al., 2019, p. 68). El mismo tiene que ver con una carga de identidad y arraigo que se construye en las relaciones con lo no humano y lo humano. Un espacio público barrial es un espacio donde además de compartir lo vivencial, se generan relaciones en torno a encuentros e intercambios conformando redes sociales de cercanía, generando así diversas formas de habitar y apropiarse de los espacios. (Da Fonseca et al., 2019)

³ Cuando hablo de “ellas”, aludo a las más activas con quienes tuve contacto a lo largo de esta intervención.

múltiples y gran parte del motor que me mantuvo escribiendo para ellas, para ustedes y para mi.

La traducción de esta experiencia no fue tarea sencilla, ya que uno de mis objetivos fue el de componer un espacio de construcción colectiva de saberes entre mujeres a través del cual, busco articular “formas de nombrar y construir la experiencia” (Osorio, 2015, p.137), poniendo en el centro las voces de sus protagonistas. Cada concepto fue hilado, para el esbozo de ideas que dieran pautas para pensar la emergencia de este grupo de mujeres y su mantenimiento en el tiempo, en relación a las formas singular-colectivas de configurar significantes sobre la participación en el espacio público barrial entre mujeres, desde una perspectiva feminista.

Por otro lado y vinculado a lo anterior, a lo largo de este trabajo voy a utilizar el femenino genérico, no solamente como estrategia de contra-escritura académica, sino también porque apelo a visibilizar a las mujeres como sujetas de conocimiento (García Dauder y Ruiz Trejo, 2021).

La contra-escritura académica en este trabajo se vincula con una fuerte crítica a la escritura académica. Considero que los parámetros que regulan la escritura académica están fuertemente ligados al sostenimiento y reproducción de jerarquías, encorsetan nuestras formas, nos regulan a través de la imposición de normas que buscan construir una suerte de homogeneización, que poco lugar deja para nuestras particularidades, aquellas que hacen a nuestras intervenciones y a cómo traducimos las mismas. A partir de esta crítica, propongo un juego constante que consiste en el cruce de las voces entre las autoras e integrantes del grupo, para componer diálogos dejando de lado algunas normativas que se imponen para el uso de citas. Además hago uso deliberado del nombre de pila de varias autoras de forma reiterada.

Sin dudas, hay otros aspectos que hacen a esta forma de escribir, parte de ellos son los no enunciados, aspectos ocultos que hacen a la contra-escritura, una escritura rebelde, que no quiere explicar todo en sus párrafos. Una escritura que busca dar lugar a la imaginación y apela a que cada lectora vaya descubriendo e interpretando de manera singular, todos aquellos aspectos que hacen a la misma. Entiendo que esto podría significar un costo, de lo cual me hago responsable.

Propongo que nos adentremos en parte de la introducción al abordaje teórico de este trabajo. En América Latina las mujeres hemos estado al frente de las luchas sociales, cumpliendo un rol clave en las reivindicaciones por los derechos humanos y el despliegue de estrategias para afrontar las múltiples formas de discriminación y despojo - dominación - que sufrimos día a día, por el hecho de ser mujeres (Federici, 2020). En lo que respecta al barrio Flor de Maroñas, la participación de las mujeres a nivel barrial es significativa, ya que las mismas se involucran en prácticas comunitarias que buscan hacer frente a los efectos

producidos por la profundización de la crisis económica y social, que el país - continente- está atravesando hace ya muchos años. Sin embargo, la participación femenina es una práctica silenciada de escaso reconocimiento, vinculado al carácter opresivo del patriarcado para con nosotras. Según Clara Fassler, la participación de las mujeres en el espacio público ha sido invisibilizada, porque “históricamente las mujeres han estado confinadas al mundo privado, y su aporte al desarrollo de la sociedad ha sido invisibilizado, a través de la naturalización del trabajo de reproducción biológica y social” (Fassler, 2007, p. 377).

En esta producción, se entiende al patriarcado como un sistema social y político (Segato, 2016) que moldea las relaciones de poder, mediante los procesos de conquista y colonización, teniendo como prioridad la apropiación del cuerpo de las mujeres, refiriéndose a este como primera colonia (Federici, 2015). El mismo, tiene como fin la opresión de las mujeres, ya que este sistema en palabras de Raquel Gutiérrez Aguilar (como se citó en Menéndez Díaz, 2019), “se sostiene en una serie de rígidas estructuras normativas, de dispositivos sociales, costumbres, creencias interiorizadas, temores inconscientes y armazones simbólicos que fundamentalmente, coartan la posibilidad de disponer de nosotras mismas” (p. 142).

El patriarcado fomenta el resquebrajamiento de los lazos entre mujeres, a través de la mediación patriarcal, esto da lugar a “la experiencia femenina –y de los cuerpos feminizados– de bloqueo –impedimento, negación, desconocimiento, deformación, ruptura– de las relaciones entre mujeres bajo el régimen patriarcal-capitalista” (Gutiérrez Aguilar, Sosa & Reyes, 2018, p.1). Finalmente, el mismo está en constante relación de reciprocidad con el sistema capitalista neoliberal, ya que éste último sustenta su desarrollo mediante procesos de cercamientos (Federici, 2020), que hoy en día hacen alusión a una re-colonización de nuestros cuerpos (Segato, 2016), mediante la hipersexualización y mercantilización de los mismos.

Entiendo la colonización como un contínuum de dominación mediante la “erosión, agresión y anulación de las capacidades políticas de pueblos y comunidades, fundada en la imposibilidad de asegurar la reproducción de su vida colectiva en medio de cuerpos legales ajenos” (Gutiérrez Aguilar et al., 2018, p. 2), por medio de una intencionalidad política, vinculada a la atribución de identidades producidas como otredad a dominar (Segato, 2018). Los procesos de colonización, se vinculan con el silenciamiento de los procesos participativos de las mujeres, porque esto contribuye y es parte de la modificación de las lógicas de género en las comunidades de nuestro continente, que dan lugar a la despolitización de la participación de las mujeres en el espacio público (Segato, 2018).

Podemos concluir, que la invisibilización de los procesos participativos de las mujeres en América Latina se vinculan en parte, con las lógicas coloniales y patriarcales que separan a las mismas de sus capacidades políticas (Gutiérrez Aguilar et al., 2018), se suma a esto el

hecho de que las lógicas neoliberales en América Latina vulneran constantemente a las mujeres, posicionando a las mismas en un panorama poco favorable para su desarrollo singular-colectivo (Barrancos, 2021), pero esto no quiere decir que la potencia de las mismas sea inexistente, lo cual toma cuerpo en esta producción.

Se contó con los antecedentes del trabajo realizado por María Malena Lenta, Sandra Estrada Maldonado, Rosana Gabriela Longo y Graciela Zaldúa (2020), donde se problematiza la proliferación de grupos de vecinas organizadas para la defensa y promoción de espacios libres de violencia. Por otro lado se toman aportes de Mariana Menéndez (2019), ya que contribuyen a la apertura de interesantes líneas para entender a los espacios entre mujeres, como estrategias para “construir espacios-tiempos de autonomía política y simbólica” (p.144), a través de la revalorización de los vínculos entre mujeres. Si articulamos estos antecedentes podemos decir que, esta expresión colectiva de mujeres en el barrio Flor de Maroñas nos habla de nuevas formas de hacer política, donde lo central es la reproducción de la vida, a través de múltiples prácticas cotidianas basadas en la interdependencia, estrechamente vinculadas con la manera en que las integrantes sostienen y configuran flujos participativos en el barrio.

De este modo, se entienden a las múltiples formas de participación como prácticas que potencian la apropiación de herramientas y el despliegue de estrategias, configurando flujos resistenciales sostenidos por las diversas alianzas entre las integrantes, posiblemente nucleadas en esta novedosa expresión colectiva. Según Clara Fassler (2007), las experiencias de participación local no solo promueven la autoestima, sino que las mismas son necesarias para la construcción de la identidad tanto individual como colectiva de las mujeres. Es mediante la participación que se promueven distintos procesos de fortalecimiento, vinculados a la legitimación de las mismas como actoras sociales, promoviendo capacidades en relación al compartir intereses y conjugar distintas identidades (Fassler, 2007).

Finalmente este trabajo se sostiene sobre la base de la emocionalidad política (Osorio, 2015), entendiendo a las emociones como producto de la interacción intersubjetiva en el contexto comunitario, las mismas son herramientas y fuentes de información que sirven tanto para la producción como para la comprensión del conocimiento (García Dauder y Ruiz Trejo, 2021). Apelo al mapeo de afectaciones y sus múltiples efectos, mediante una (re)apropiación del saber colectivo en clave feminista, para abrir nuevos caminos que sirvan al proceso de emancipación de las mujeres en el barrio Flor de Maroñas.

Metodología

Entiendo a la escritura como forma de resistencia mediante la cual se construyen posibilidades de agencia (Barrancos, 2021). Académicamente, implica componer desde la resignificación de contenidos teórico-prácticos-vinculares, permitiendo la apertura de espacios vinculados estrechamente con la creatividad emocional, lo que convoca a la vulnerabilidad (Correa, 2021). Para escribir en este escenario se hace indispensable de una caja de herramientas (Fernández, 1993), la misma se compone de un marco teórico de carácter artesanal, mediante el cual busqué tejer múltiples voces de mujeres, con el fin de diagramar campos de pensamiento crítico vinculados a esta experiencia. El marco teórico aquí presentado se vincula al carácter político de esta composición, ya que busco dar visibilidad a autoras mujeres. Esto supuso una rigurosa búsqueda bibliográfica, que da cuenta de conexiones múltiples con docentes y compañeras feministas.

En este trabajo escribo por, para y con mujeres, con el fin de producir conocimientos que las ponga a las mismas en el centro. La construcción de los problemas a desarrollar será en torno a considerar a las mismas como, en palabras de Noelia Correa (2021), “sujetas epistémicas de enunciación” (p.16). Por lo tanto, esta producción se enmarca en la intencionalidad política de contribuir a los procesos que atañen a las integrantes del grupo 8M Flor.

Para contribuir a estos procesos, fue necesario tejer desde las epistemologías feministas, lo cual me llevó a acercarme al campo-tema desde una perspectiva situada. Esto quiere decir que, a lo largo de esta producción le dí relevancia a mi postura y posición política como feminista en relación al campo-tema (Lenta et al., 2020). Mantengo un rotundo alejamiento hacia las posturas que apuntan a una objetividad desde un “alejarse”, “ser neutra”, “evitar la subjetividad” y “generar conocimiento universal”. En su lugar propongo una objetividad fuerte (Harding, 1993), desde aquí se vuelve central hacer foco en la incidencia que tuvieron mi bagaje personal y los vínculos que fui generando en esta experiencia (Arrieta de Guzmán, 2018).

En el tejido metodológico, surge una pregunta que me habita desde hace ya más de un año: ¿Cómo escribir por, para y con mujeres, en una academia hecha por y para hombres?. Cuando aludo a que la academia está hecha por y para hombres, me baso en el análisis que se desprende de los aportes de la epistemología feminista, en cuanto postula que las formas dominantes de la ciencia son androcéntricas. La misma, pone en el centro la crítica feminista como herramienta estratégica, para abordar de manera crítica las influencias del género

vinculadas a la producción de conocimiento, la persona que conoce y a la práctica del investigar, lo cual implica no sólo su producción, sino también, sus fines (Blázquez Graf, 2012). Mediante este análisis, se entiende a la ciencia convencional como “una construcción social androcéntrica” (Correa, 2021, p. 17), a partir de esto se critican los conceptos de objetividad, neutralidad y universalidad que se le atribuye a las producciones empíricas aportando un análisis que da luz al carácter polimorfo de la sociedad y la implicación de quienes investigan (Harding, 2016).

Este análisis sostiene que el edificio de la ciencia como tal, descansa en modos y aplicaciones sexistas, no dejando de lado su carácter clasista y racista. Es decir que, toda formulación de problemas, métodos, metodologías, objetivos y verdades son construcciones que tienen en su formación rasgos de quienes los han formulado, y es aquí donde se ven las marcas culturales en la producción de conocimiento, tales como son la raza, clase y género de tales producciones (Harding, 2016).

Por otro lado, este trabajo se enmarca en una experiencia de extensión universitaria, los mismos son espacios para problematizar y contribuir a los procesos participativos de colectivos autogestionados y autónomos (entre otros), esto conlleva un compromiso ético para que las intervenciones tengan estrecho vínculo con la transformación social de los sectores que son expuestos de forma sistemática a “procesos de postergación, exclusión, dominación y explotación” (Colacci, Filippi Villar, Gomez Castrilli, 2021, p. 29). Por otro lado, estas prácticas no están libres de las lógicas extractivistas de dominación, ya que en las imperan lógicas patriarcales.

Vinculado a esto, me posiciono desde la extensión crítica en continua articulación con el feminismo. La extensión crítica, es una postura política y ética que apela a construir experiencias extensionistas libres de jerarquías dominantes, evitando el extractivismo para pensar los vínculos desde la interdependencia (Ridruejo, 2021). Es pertinente su articulación con el feminismo porque: “exige estar alerta de los índices hegemónicos patriarcales y androcéntricos”, que no están ausentes de las prácticas extensionistas. (Colacci et al., 2021, p. 42)

Posicionarme desde aquí, implica que la metodología sea coherente no solo con la escritura académica que pretende dar pistas para la despatriarcalización de la misma, sino también con la forma en la cual me aproximo al campo de conocimiento. Entiendo a la metodología como: “la forma de posicionarse en relación a la elaboración del problema y a la práctica del método utilizado para desarrollar a la investigación” (Correa, 2021, p. 15) y por ello me parece pertinente abordar este trabajo desde una metodología feminista de investigación. Esta última, en palabras de Patricia Castañeda (2008), “ es una manera particular de conocer y de producir conocimientos” (p.14), para contribuir a la emancipación de la mujer. Desde este lugar, mi aproximación al campo de conocimiento fue acompañada

de un constante análisis de mis implicaciones, a través de múltiples intercambios con quienes forman parte de la experiencia y de espacios de autoevaluación, a través de la escritura libre en mi cuaderno de campo.

Propongo adentrarnos ahora en el método utilizado, el cual sin dudas ha sido uno de los mayores desafíos. La elección del método no fue a priori, sino que se fue construyendo a medida que se fueron dando los encuentros, ya que busqué trabajar desde lo que allí surgió entre nosotras. Lo principal fue compartir desde la intimidad apelando a las charlas entre mujeres, en torno a la grupalidad y los procesos participativos de cada integrante. Con el fin de buscar un marco que pudiera de alguna forma contener lo que allí sucedió, me encontré resonando con los métodos narrativos como guía para pensar en el método.

Pero, ¿qué es una narrativa?. Para poder pensar en torno a esta pregunta, tomaré aportes de Tamara Tabárez (2018) quien la define cómo: “Esquemas de organización de la experiencia y como modos de materializar el discurso situándolo y localizándolo desde un sujeto/colectivo/posición no preexistente y no fijado que se produce en la medida en que narra en el encuentro. La narrativa recoge así lo encarnado del discurso, cumple una función social específica cada vez y en respuesta a un otro/otros en un campo dado, produce relaciones sociales, da cuenta de la agencia del sujeto, conforma globalidades significativas que articulan experiencias y producen subjetivaciones”. (p.54)

El método narrativo, se distingue por ser un método que incluye a quien investiga en el proceso de construcción de datos, ya que este se construye en el encuentro con las partes, evitando así el extractivismo (Tabárez, 2018). Este acercamiento me brindó la posibilidad de componer con ellas la experiencia en “lugares de encuentro altamente contaminantes” (Braidotti, 2018, p.31), generando así espacios de intimidad, donde la confianza fue el ingrediente central. El diálogo entre mujeres sin dudas potenció los efectos y afectos, esto contribuyó a que en cada encuentro lo personal biográfico estuviera presente desde la emocionalidad, en torno a los procesos de participación comunitaria. Dado el grado de intimidad de algunos relatos, algunas integrantes fueron explícitas en la necesidad de no añadirlos a este trabajo, lo que supuso un recorte de la información, a su vez se mantiene el anonimato en los mismos.

Se suma a esto, la heterogeneidad de los registros de cada encuentro, dado que siete de ellos fueron grabados y otros siete no, lo cual sin dudas fue un desafío a la hora de transcribir las conversaciones y poder generar un análisis a través de la construcción de ejes temáticos. Con el fin de componer un análisis de los contenidos temáticos, agrupe las insistencias de cada encuentro en torno a tres ejes, que serán presentados en el análisis crítico.

En el primer eje se ponen en el centro los devenires participativos de las integrantes, entendiendo la participación como flujos emergentes del campo que componen la acción

colectiva del grupo. En este apartado se narran algunas características del grupo vinculadas a las diversas formas de participar, así cómo también se ponen en juego aspectos personales de las integrantes como componentes esenciales que le dan sentido a la conformación del grupo. En relación a esto último, se esbozan líneas que permiten pensar los sentidos que se configuran en torno a los devenires participativos y cómo es que, a través de los mismos, las integrantes le dan sentido a sus prácticas en el barrio Flor de Maroñas.

El siguiente apartado, hace foco en una de las lecturas posibles que se le puede dar a este grupo, como un espacio que posibilita nuevas formas de hacer política entre mujeres. Se hace hincapié en las diversas violencias que acontecen en el barrio Flor de Maroñas, para entender a las mismas como parte de un sistema que las vulnera constantemente y a esta expresión colectiva como una posibilidad para hacer frente a las mismas.

El último apartado, pone las políticas de cuidado en el centro para abrir nuevos marcos interpretativos en torno a cómo se piensa la resistencia desde la interdependencia. Se sitúa a la misma ya no como un conjunto de prácticas o posturas, sino que se compone en los vínculos potenciados por este grupo.

Por otro lado, para finalizar el apartado metodológico me gustaría dar algunas pautas para seguir trazando este mapa de ruta. El siguiente apartado no deja de ser parte del metodológico, ya que entiendo que situar la experiencia es central en lo que respecta a la metodología. En el siguiente apartado se incluyen todos los aspectos vinculados al contexto de esta intervención, algunos insumos para poder situar al grupo como un espacio autónomo entre mujeres novedoso en relación a otros del barrio, así cómo también los encuentros que tuve con las integrantes hasta el 28 de octubre.

Finalmente, para escribir este trabajo, tuve que hacer un recorte de mi experiencia, otro gran desafío. Se hace relevante aclarar que hasta el día de hoy mantengo un estrecho vínculo con el grupo, sobre todo en lo que respecta a la organización de las intervenciones a realizar el 5 y 25 de noviembre y el 25 de noviembre, en la plaza Flor de Maroñas. Estas intervenciones no serán incluidas, pero deben de ser tomadas en cuenta cómo un componente que hacen a cómo escribo. Sin dudas volvemos a encontrar, cómo el primer día que llegué al barrio y caminé hasta la plaza, moviliza muchas emociones. No debemos olvidar que son en gran parte las emociones, las que me acompañan en cada párrafo y hacen al carácter político de mi escritura.

Situemos la experiencia: Contexto y reconstrucción histórica

Creo pertinente que situemos la experiencia desde distintos lugares para construir así el escenario de intervención. Para situarnos es importante tener en cuenta que el barrio Flor de Maroñas es uno de los barrios más antiguos de Montevideo, forma parte de los quince barrios del Municipio F y parte de su historia se vincula estrechamente con las grandes transformaciones que han acontecido en el mismo. Si bien el mismo paso de ser chacras y estancias a ser una zona altamente industrializada, a partir de los años setenta hasta la actualidad, los procesos de desindustrialización y neoliberalización han producido grandes cambios, sobre todo a nivel social y económico (Pérez Monkas, Rodríguez, Ríos y Recagno, 2019).

Mi llegada a Flor de Maroñas se enmarca en la integración al Instituto de Psicología Social, dentro del proyecto "Crecer en la diversidad: experiencias colectivas en espacios públicos barriales de Flor de Maroñas" (CSEAM 2022-2023), del Espacio de Formación Integral "Interdisciplina, Territorio y Acción Colectiva" (Facultad de Psicología e ISEF), del cual fui parte desde marzo hasta fines de noviembre del año 2022, desarrollando en el mismo mi práctica pre profesional. El objetivo general del mismo, es contribuir al fortalecimiento de las tramas colectivas en el barrio Flor de Maroñas. En el marco del mismo, mi intervención consistió en trabajar con el grupo de mujeres 8M Flor y los procesos participativos de las integrantes a modo de potenciar la acción colectiva del grupo, poniendo en el centro sus necesidades y posibilidades.

Por otro lado, y con el fin de comenzar a adentrarnos en las características del grupo y como se fue constituyendo mi lugar en el mismo, me gustaría que nos detengamos en otro aspecto fundamental, vinculado a los grupos de mujeres en el barrio y como estos componen el escenario de emergencia de esta expresión colectiva de mujeres. Construir un mapa de antecedentes de algunos de los grupos de mujeres vinculados al 8M Flor en el barrio, fue un desafío y los aportes de las integrantes fueron fundamentales para ello. En este sentido, desde el equipo de investigación son pocos los antecedentes vinculados a los grupos organizados de mujeres que accionan en el barrio, por lo cual en esta etapa indagatoria fue crucial del encuentro con vecinas del barrio no solo para mapear los mismos, sino también para poder entender cómo estos componían la emergencia de este novedoso grupo de mujeres en Flor de Maroñas.

La importancia de estos antecedentes radica principalmente en que muchas de las integrantes de este grupo de mujeres, forma o formó parte de estos espacios. Resulta interesante, pensar en torno a cómo estos grupos entre mujeres podrían haber potenciado la emergencia y el sostén de redes entre mujeres en el barrio, sirviendo como componente

crucial para entender algunos de los procesos que atañen a la emergencia del grupo de mujeres 8M Flor.

En Flor de Maroñas son diversas las formas de expresión que lideran las mujeres, muchas de ellas describen la participación en el ámbito público, como algo central en sus vidas. Entre ellas una muy importante y reconocida en el barrio se vincula a la creación de la Policlínica Solidaridad, estrechamente vinculada con Las Luneras, un grupo de mujeres mayores que se reúnen hace aproximadamente 29 años, una vez al mes, generando espacios para charlar y compartir, haciendo paseos cada fin de año. Una de las integrantes (también integrante del 8M Flor) relata: “Somos referentes, se creó por Comuna Mujeres que empezaron en lo que ese momento era La Secretaria de la Mujer que hicieron intervenciones en los barrios, para generar espacios en los barrios con participación de las mujeres, sus realidades y necesidades. Invitaron a formar grupos de mujeres para ver qué necesidad tenían y cómo querían vivir esos grupos. Las Luneras cuando se formaron la mayoría participaba de la Policlínica, no sé si te contaron que la Comisión de Fomento Flor de Maroñas tenía la comisión y básicamente los recursos de la comisión fueron formando la policlínica Solidaridad, formada por mujeres y gestionada por vecinos del barrio”. (Integrante 13, 12 de julio de 2022)

En relación a la policlínica comenta: “Habían hombres pero mayormente mujeres, y esas mujeres conformaron este grupo de Luneras, pero su objetivo no era hacer una tarea social porque entendían que la tarea social la estaban haciendo en la policlínica. Las Luneras entendían que su objetivo social estaba más que cubierto con el trabajo honorario que hacían, que el grupo que querían conformar era uno donde pudiéramos compartir, descansar, disfrutar de nosotras. Nos juntamos y hacemos eso en realidad, nació en el 93 más o menos. Tuvimos muchas pérdidas, algunas fallecieron (...)”. (Integrante 13, 12 de julio de 2022)

Por otro lado, están Las mujeres de la Luna, una colectiva autónoma de mujeres emprendedoras. Nace como un espacio colectivo de sostén económico, a partir de la elaboración de productos artesanales y sustentables, desde la base de una ética sustentable (Preza, 2020). A su vez este espacio de mujeres emprendedoras se vincula a: “la necesidad de encontrar tiempos para nosotras alejado de nuestro rol de cuidadoras, en muchos lugares pasamos a ser las mujeres de la luna, lo que da otra visión de nosotras porque no solo somos la mamá de (...)” (Nuestro caminar por el 2021, Documento interno Mujeres de la Luna, 2021). Este colectivo ha servido como un espacio para compartir y pensar entre mujeres, donde se problematizan las labores domésticas. A su vez, destacan que: “el colectivo ha funcionado como una gran red de apoyo” (Nuestro caminar por el 2021, Documento interno Mujeres de la Luna, 2021).

Finalmente, otra expresión que se ha dado en el barrio y surge como iniciativa de una de las integrantes del 8M Flor, son los círculos de mujeres. Estos círculos son de carácter sanador por medio de la palabra, en espacios de intimidad entre mujeres: “Llegan las mujeres y empiezan a hablar, empezamos a hablar de cosas determinadas, tenemos un bastón de la palabra, cuando una lo tiene, nadie puede interrumpir, así sea que la mujer habla una hora (...) cuentan historias que nunca habían contado, algunas físicamente no pueden más, oídos tapados, dolor de garganta, tos, les duele el cuerpo. Todo relacionado a no poder sacar lo emocional que se va al físico, es nuestro templo, nuestra casa” (Integrante 12, 11 de julio de 2022). Además, estos círculos cuentan con distintas instancias de retiro y seguimientos periódicos, según las necesidades de cada mujer: “yo a muchas les hago seguimiento por teléfono, tengo cuadernos con cada una y voy contactando para ver cómo están, en el cuaderno voy anotando cada vez que hablo con cada una sobre las emociones que hay que trabajar”. (Integrante 12, 11 de julio de 2022).

Las expresiones colectivas de mujeres en Flor de Maroñas no puede ser reducida solo a estas 3 expresiones. Sin embargo, hay una notoria insistencia vinculada al generar espacios que sirvan como redes entre mujeres vinculadas al compañerismo y apoyo mutuo.

El grupo de mujeres 8M Flor hoy en día cuenta con 36 participantes en el grupo de WhatsApp. El mismo emerge en los inicios de la pandemia por el virus SARS-CoV-2, que en Uruguay tuvo sus principios aproximadamente el 13 de marzo del año 2020. Como estrategia, ante la imposibilidad de reunirse en la calle 18 de julio, en el barrio Centro de Montevideo, las colectivas feministas convocaron a generar manifestaciones locales en los barrios de Montevideo, con el fin de descentralizar la marcha por el Día Internacional de la Mujer el 8 de marzo. En este panorama, mujeres del barrio Flor de Maroñas conformaron un grupo, con el fin de manifestarse en el espacio público barrial como forma de reivindicar sus derechos, lo cual fue novedoso porque “particularmente en este barrio no se daban este tipo de manifestaciones” (Integrante 13, 12 de julio de 2022).

Este hecho permitió el movimiento y fortalecimiento de múltiples redes y alianzas entre ellas, ya que “nos convocamos boca a boca” (Integrante 11, 8 de julio de 2022). Estas redes permanecen hoy en día y fueron dando la posibilidad de sostener otras reivindicaciones, en fechas como el 20 de mayo y el 25 de noviembre. Hoy día la colectiva se mantiene activa en distintos espacios que van, desde un grupo de WhatsApp a encuentros grupales próximos a eventos que atañen al grupo.

Está integrado tanto por mujeres que viven en el barrio, como por mujeres que no viven en el mismo, que trabajan en distintas instituciones hace ya varios años, en relación a esto último es interesante el hecho de que muchas de ellas son consideradas vecinas. Algo central en este grupo es que las integrantes más activas, llevan hace unos años integrando espacios de participación barrial, lo que las posiciona en el lugar de “referentes barriales”.

Algunas de ellas desempeñan roles estatales vinculados a partidos políticos partidarios y/o espacios religiosos.

Podemos pensar sus prácticas desde el hibridaje (Viñar 2020), ya que muchas vecinas a pesar de no vivir en el barrio, tienen un estrecho vínculo con el mismo que las lleva a comprometerse desde lo afectivo: “No vivo en el barrio, pero hace años trabajo acá, yo quiero al barrio, le tengo mucho cariño, soy referente y apoyo en lo que se necesite” (Integrante 6, 13 de junio de 2022). Se suma a esto, que las mismas desempeñan acciones en otros espacios que exceden el territorio geográfico, generando así conexiones múltiples que configuran lazos sociales que exceden al barrio, fundamentales para abordar problemáticas que acontecen en el mismo.

Su carácter heterogéneo se vincula con lo mencionado anteriormente y además, por las diversas generaciones que lo componen, sus edades oscilan entre los 22 y los 74 años. Finalmente, pero no menos importante, es el hecho de que algunas se consideran feministas y otras no, lo cual ha generado tensiones vinculadas a la relación del grupo con los feminismos.

Si tomamos aportes de Maria Eugenia Viñar (2020), se puede decir que estamos ante “ensamblajes de redes múltiples”, ya que las experiencias de las integrantes no son aisladas las una de las otras y las mismas se vinculan a los “múltiples roles y pertenencias” que cada una tiene para con el barrio, lo cual conlleva a que en este grupo convivan “varias lógicas más o menos en tensión”. (p. 290)

Mi primer acercamiento al grupo, como mencioné anteriormente, fue el 8 de marzo en la intervención que realizaron en la plaza de Flor de Maroñas. Allí entablé diversas conversaciones de las cuales surgieron algunos comentarios vinculados a las necesidades que algunas integrantes tenían en relación al grupo, entre las cuales predominaba la de “organizarse para ser un colectivo de mujeres” (Diario de campo, 8 de marzo de 2022).

Debo admitir que en un principio, no supe cómo responder, ya que era mi primera experiencia de esta índole, lo cual me generó mucha ansiedad. Con el fin de acercarme para poder trabajar junto a ellas, sugerí unirme a alguna de sus reuniones. La respuesta del grupo fue positiva, pero creían necesario reunirse para pensar algunas cuestiones antes de incluirme en sus reuniones. A las semanas, una de ellas me comunicó que la reunión no se pudo llevar a cabo, ya que reunirse presencialmente les costaba mucho.

Esto implicó un cambio de posicionamiento respecto a cómo pretendía acercarme al grupo, sin dudas fueron semanas de mucha ansiedad tratando de buscar formas para trabajar con ellas. Se mezclaban dos cuestiones, por un lado, quería aportar desde mi disciplina, quería que se juntaran sobre todo después de ver la potencia que tenían en la plaza, por el otro lado, no quería invadir sus espacios. Para poder hacer frente a estas dos

cuestiones, fue crucial trabajar en torno a mis expectativas para con ellas, así como también lo fue el respetar sus tiempos y por sobre todas las cosas, sus posibilidades.

En un principio, con el fin de acercarme al barrio y conocer algunos de los espacios en los que el equipo se encontraba interviniendo (mientras buscaba una nueva estrategia de acercamiento al grupo), asistí a reuniones de la Mesa de Coordinación Zonal de Flor de Maroñas⁴. En estas mesas fui generando nuevos vínculos, y conocí a otras integrantes del grupo con las que aún no había entablado ninguna conversación.

A finales del mes de abril, planteamos junto a mi tutora de práctica una nueva estrategia: entrevistas con algunas de las integrantes más activas del grupo. Desde un principio no quise que fueran entrevistas dirigidas, si bien me enfoqué en los procesos participativos y las características del grupo, quise trabajar con lo que allí sucedía, aposté a “eso” que sucede cuando nos encontramos entre mujeres, no me equivoqué. Comencé a reunirme con algunas integrantes y les fui pidiendo que me pasaran contactos de otras compañeras con las que sintieran afinidad del grupo, se fue componiendo así una red inicial de afinidades. Los temas a tratar en cada encuentro, se vinculaban estrechamente a lo que había hablado en las reuniones anteriores, manteniendo los ejes iniciales (emergencia y características del grupo, significantes vinculados a la participación de cada integrante) que fueron abriendo camino a nuevos ejes, como fueron: la violencia y la necesidad de los grupos de mujeres en el barrio.

En el mes de junio, una de las integrantes del grupo, en una reunión de la Mesa de Coordinación Zonal, me ofreció agregarme al grupo de WhatsApp, medio por el cual se producían la mayoría de sus intercambios, esto implicó un movimiento a mi lugar inicial. Mi lugar se fue transformando, me vi sumergida en intercambios muy diversos a través de esta plataforma, uno de los más significativos tuvo que ver con mi insistencia en torno a organización de una posible presentación del grupo en la fiesta barrial “Maroñas en Flor”⁵, el 5 de noviembre. A raíz de esto, se convocó a una reunión, que se configuró como instancia de intercambio y discusión, generando condiciones para pensar en la identidad, objetivos y proyecciones del grupo.

Finalmente, el 28 de octubre compusimos una instancia de encuentro, en un principio les planteé a las integrantes hacer una “devolución” del trabajo realizado con ellas, sin embargo esta instancia se configuró como espacio de reflexión y enunciación respecto a emergentes que se habían producido a partir de mis intervenciones en los meses de mayo,

⁴ Es un espacio conformado por vecinas, organizaciones barriales e instituciones del barrio. Se formó ante el desmantelamiento del SOCAT coordinado por la parroquia Santa Gema. Su función es articular los distintos espacios del barrio para responder a distintas problemáticas del mismo.

⁵ Este año la temática de la fiesta barrial es la convivencia. El grupo 8M Flor se va a presentar junto con un Punto Violeta (espacio para brindar información y asesoramiento ante situaciones de violencia de género en ámbitos culturales brindado por la Intendencia de Montevideo), con un stand para que las vecinas del barrio puedan integrarse al espacio.

junio y julio. Compartí algunas observaciones de sus múltiples formas de participar en el barrio y posiciones respecto a las transformaciones que el grupo venía sosteniendo, así como las posibilidades de sostener otras, poniendo en el centro el autocuidado como un aspecto que si bien era latente en sus relatos, aún no se había colectivizado ni problematizado.

Estos espacios presenciales sirvieron de catalizadores respecto a cuestiones que se estuvieron movilizando a partir de las instancias anteriores que yo había tenido con ellas y permitieron abrir nuevos campos de problema que no son abordados en este trabajo por temas de tiempo y objetivos. Sin embargo, tanto la instancia del 22 de octubre como la instancia del 28 de ese mismo mes, son representativas de cómo esta intervención potenció movimientos en las integrantes, que permitieron pensar el grupo en cuanto a identidad, objetivos y relaciones que allí se estaban produciendo. Finalmente las integrantes afirman, que estas instancias permitieron ver de manera más clara cómo este grupo ha tenido un rol importante en el fortalecimiento de alianzas, lo cual coincide con algunas de mis observaciones en los espacios del barrio que ellas participan asiduamente.

Análisis crítico

Los tres ejes planteados en el análisis crítico son parte de la red que se fue diagramando a partir de cada encuentro, es por ello que los mismos están en constante diálogo y contienen tanto relatos, como experiencias que se fueron configurando a lo largo de mi intervención en el barrio.

Sus contenidos son móviles, esto es reflejo del carácter artesanal que supuso esta experiencia, muchas veces perdí el hilo de mis observaciones, aún mientras escribo se me hace difícil encontrar un orden y eso es reflejo de la dificultad que implica para mí, escribir mientras sigo habitando el barrio. Es por esto, que en cada apartado se abren líneas para conversar con las integrantes sobre la experiencia, poniendo el foco en la apertura de campos de problematización, donde cada pregunta sirve de disparador, descentrando así la búsqueda de respuestas.

Busco en estos tres apartados, generar nuevos sentidos entre la práctica en territorio y la academia, en torno a nuestros encuentros y desencuentros. La idea central de los mismos, en palabras de Daniela Osorio (2015), se vincula a generar “un espacio-tiempo de articulación, de encuentros/desencuentros; una oportunidad para compartir espacios en los cuales debatir sobre nuestras formas de nombrar y significar, así como de producir conjuntamente. Plantear el conocimiento desde conversaciones, y no desde la lógica del “descubrimiento” (...).” (p.135)

Devenires participativos: acción colectiva entre mujeres

En este apartado se hacen centrales las preguntas vinculadas a: ¿Qué las convoca a participar?, y ¿Por qué formar un grupo solo de mujeres en el barrio y proclamarse en el espacio público barrial?. Las mismas sirvieron de motor para guiar la experiencia, así como también, para el despliegue de nuevas interrogantes que se produjeron a lo largo de mi participación en el grupo. En este punto, se hace relevante tener en cuenta que en el momento que comienzo a reunirme con ellas, con el objetivo de indagar sobre el grupo, el mismo tenía problemas para reunirse presencialmente, lo que dificultaba de manera significativa pensar de forma colectiva sobre la identidad y objetivos del mismo. Esto se presentó como un desafío, vinculado a las posibles lecturas que yo podría componer en relación a las preguntas que me había hecho en un principio, pero permitió la configuración de otras preguntas: ¿Quiénes son las integrantes más activas y cómo despliegan sus múltiples formas de participar en el barrio? Preguntas que posibilitaron en gran medida la configuración inicial de este apartado.

Para poder hacer una lectura de esta expresión colectiva y sus características, fue imprescindible darle relevancia a las múltiples modalidades de participación que cada integrante configuraba, como componentes centrales que le dan sentido al grupo. En relación a esto, sus relatos se componen principalmente de historias personales, que hacen referencia a “una impronta social” como algo que caracteriza sus diversas formas de participar en el barrio, en estrecho vínculo con el trabajo comunitario: “Lo comunitario siempre lo tuve, lo social me viene de... Bueno yo nací acá en este barrio (...) lo vas mamando desde chiquita, se fue transformando. Ví nacer el barrio y empobrecerse al barrio, el país fue cambiando yo todo esto lo fui mamando, lo fui convirtiendo en acciones con la gente que me rodeaba. Te vas creando, te vas haciendo, yo no puedo no ponerme en el lugar del otro no viviría si no me pusiera en el lugar del otro” (Integrante 13, 12 de julio de 2022). “Para mí lo comunitario se tiene en sí, es mío, no es algo que se aprende, lo vivimos día a día, no es un trabajo, es como vos vivo el día a día en el barrio” (Integrante 4, 15 de mayo, 2022). “Para mí lo social, desde mi adolescencia que fue pre y en dictadura, militaba en la federación de estudiantes de secundaria, estaba la FEUU y la FES y yo ya en segundo estaba metida adentro de la FES, vino la dictadura y hasta que volvió la democracia, fue otra vuelta tratando de estar, de ahí para delante hasta ahora”. (Integrante 9, 5 de julio de 2022). “Elegí las escuelas de contexto carenciado por eso mismo. Me especialicé como maestra en

áreas adversas, porque por ahí creo que es el camino. Bueno, pero además yo tengo mi militancia política partidaria, pero eso es otro tema”. (Integrante 8, 30 de junio de 2022)

Esta impronta social, vinculada estrechamente a lo comunitario fue abriendo caminos para que cada una hablara sobre qué es participar y cómo se vincula esto con el grupo. De este modo compuse a partir del hilado de sus diálogos, una definición colectiva: “Para mí participar es ponerle voz a lo que vos sentís y poder hablar desde un lenguaje común, compartir los sentires de lo cotidiano, en este caso de las mujeres, pero en sí es eso, poder transmitir en voz y acciones lo que vos creés que es posible y que no lo puedes hacer sola, que necesitas vincularte con otro para poder llevarlo adelante.” (Integrante 13, 12 de julio de 2022). “Es estar y buscar metas en común (...) estando, una se cultiva y aprende, es estar con otros y convivir.” (Integrante 14, 19 de julio de 2022). “(...) estar ahí y participar es el acordar, tampoco es venir y no abrir la boca, es buscar (...) ¿Vamos por este lado? ¿Nos equivocamos?, buenos nos equivocamos juntos” (Integrante 11, 8 de julio de 2022). “Es involucrarse, por eso es importante esto (señala nuestro encuentro), él cara a cara, vernos, escuchar la voz. Escuchar es importante, hay que presentarse y estar” (Integrante 8, 30 de junio de 2022). “Tiene que ver con involucrarse personalmente, es una forma de integrar a los que están pasando situaciones de vulneración, es conocer y vincularse para hacer redes” (Integrante 7, 30 de junio de 2022).

Por otro lado, en los encuentros se generaron espacios para problematizar la necesidad de encontrarse colectivamente, ante las dificultades con las que el grupo se enfrentaba en ese momento. En estas instancias, muchas veces me encontré con relatos que obturaban las posibilidades de problematizar y abrir líneas para reflexionar juntas. En parte, esto se vinculaba a la carga negativa que significaba para ellas el no poder juntarse. Sin embargo nos centramos en la necesidad de espacios de reflexión, como una ruta para problematizar y tramitar en parte estas cargas negativas: “Los espacios de reflexión son importantes porque necesitas repensar la tarea que estás haciendo, desde tus opciones, políticas, religiosas (...) tu mirada teórica sobre el tema, cómo estás parada, cómo haces con los otros. Le tienes que dar luz a todo eso y lo re ordenas con otros y que el otro te ayude a buscar, ubicar el rumbo. Por eso decía que es necesario encontrarnos para ver realmente, si no te encuentras no podés decir por donde ir. Es necesario juntarnos y pensar, pero tampoco puedo estar pinchando porque sé que tengo una disponibilidad que el resto no. Se dificulta mucho y las que están, están en muchos espacios (...) yo estoy muy cansada. Es que es difícil concretar. Las ganas están, pero concretar nada, es difícil”. (Integrante 11, 8 de julio de 2022)

Si bien para muchas de las integrantes es necesario encontrarse presencialmente para poder construir una identidad colectiva y seguir sosteniendo el grupo, lo novedoso de esta expresión colectiva, es que la misma se sostiene en gran parte mediante la plataforma de

WhatsApp. Algunas de las integrantes llegaron a concluir que el espacio de WhatsApp, ha permitido un tipo de organización que se ajusta con la falta de tiempo para reunirse presencialmente. De esta forma, se entiende al mismo como una herramienta beneficiosa, en tanto les permite participar del grupo y seguir sosteniendo otros espacios de participación en el barrio. Además el grupo de WhatsApp sirve de herramienta para coordinar entre ellas diversas posturas en las comisiones barriales. En este sentido, muchas de ellas señalan el uso del grupo de WhatsApp como un herramienta estratégica, para la toma de decisiones vinculadas al hacer frente a la violencia en el barrio.

Lo novedoso de esto, es que se utiliza la plataforma de WhatsApp como una herramienta que hace a la acción colectiva. Me gustaría que pensemos en la acción colectiva como una red, donde son las relaciones a partir de diversas alianzas entre ellas, que permiten la emergencia de prácticas de transformación y subversión (Da Fonseca et al., 2019). Se configuran así distintas redes entre ellas a partir de intercambios que se dan por el grupo de WhatsApp y encuentros en otros espacios. En este sentido, pude observar como en muchas de ellas impera una actitud crítica que va empapando a las demás integrantes y luego se colectiviza en otros espacios.

En la última instancia de reunión grupal, muchas de ellas presentaban una transformación de sus posturas respecto a temas que antes no tenían: "(...) yo desde que vos dijiste en el grupo eso de que los hombres hablan por las mujeres, empecé a verlo, las cosas de mujeres las tienen que pensar y decir las mujeres" (Diario de campo, 28 de octubre, 2022), así como otros comentarios que hacían alusión a la importancia del WhatsApp como herramienta de participación: "Que yo no me reúna no significa que no esté pensando, yo leo todo siempre, es que trabajamos en cosas puntuales, si pasa algo nos reunimos, pero si no discutimos por el grupo de WhatsApp y estamos haciendo" (Diario de campo, 28 de octubre, 2022). En relación a esto propongo que pensemos al grupo como un proceso que se construye desde las particularidades de cada una y las condiciones vinculadas a los espacios donde los mismos se dan: "Hacemos lo que podemos y lo que queremos, es según la disponibilidad y nuestros recursos" (Diario de campo, 28 de octubre de 2022).

Para que podamos seguir abriendo caminos en torno a esta lectura, propongo que pensemos en este grupo como movimientos caleidoscópicos. Esto nos conduce a pensar esta expresión colectiva de mujeres como emergente del campo, donde cada componente se vincula a las diversas formas de participar que cada una construye en el barrio, esto hace a las distintas figuras que se pueden formar y hacen a la identidad del grupo la cual puede permanecer o transformarse según las necesidades de las integrantes. De esta forma se parte de evitar concebir a las integrantes y a la colectiva como portadoras de una esencia, y abre la posibilidad de situar a las mismas como agentes que se construyen entre sí a través

de las distintas modalidades de participación (Da Fonseca et al., 2019) y las relaciones que allí se produzcan, lo cual sin dudas hace al accionar colectivo.

Esto me conduce a nombrar las múltiples formas de participación como devenires participativos. Hablar de devenires participativos, convoca a que entendamos a la acción colectiva como una construcción que se produce en la práctica, a partir de las posibilidades y los vínculos que allí se componen (Da Fonseca et al., 2019). Pensar la participación desde esta perspectiva nos obliga a alejarnos de un posible diseño de la misma (y por lo tanto del grupo), lo cual como señala Maria Eugenia Viñar (2020), solo cerraría las posibilidades de potencia.

Además, hablar de participación en clave de acción colectiva (Viñar, 2020), invita a que pensemos más allá del compartir circunstancias y nos ubica en un escenario que permite pensar en la agencia como un componente central. Esto nos obliga a poner el foco en lo político de la acción (Viñar, 2020), en torno al horizonte transformador que muchas de ellas plantean como posibilidad: “Yo quiero un mundo mejor, creo en la justicia social, la vida digna se construye en colectivo” (Integrante 8, 30 de junio de 2022). “Yo quiero construir otro Flor de Maroñas, construir otro mundo, construir otro espacio (...) las otras mujeres esas que están en el barrio y no salen de las casas, a esas prácticamente no les llegamos. Más allá de que haya violencia o no, sino en el pensarse ellas en un espacio propio, en lo recreativo en el conversar, tomar unos mates juntas (...) la idea es tener un espacio donde puedan venir las mujeres y se puedan nuclear” (Integrante 11, 8 de julio de 2022).

Todo lo anterior, da pistas para pensar esta expresión colectiva como un espacio que nuclea y reproduce potencia participativa en las integrantes, a través de la acción colectiva, permitiendo así el fortalecimiento mutuo.

Por otro lado, a modo de continuar tejiendo pistas para el armado de esta composición, se formula en la siguiente interrogante: ¿Qué tipo de participación?

Para pensar las características de los devenires participativos de las integrantes me gustaría que retomemos el componente comunitario al que hacen referencia como central en sus modos de participación, en estrecho vínculo con una nueva forma de hacer política.

Sus prácticas se alinean con lo comunitario en tanto tiene en su centro la reproducción de la vida, a partir de la (re)configuración de los lazos sociales a través del trabajo colectivo que se vincula con “hacer comunidad” (Zibechi, 2019, p.59). Sus relatos ilustran el sentido que cobra para ellas vivir siendo comunitarias, en relación a los vínculos que se entretienen en sus prácticas como aquello que le da sentido a las mismas; “Lo comunitario tiene que ver con lo importantísimo de que haya un otro en el día a día (...) yo no me siento sola aunque esté sola porque soy comunitaria (...) ser comunitaria es comunicarse con la gente y

compartir saberes, acompañar.” (Integrante 14, 10 de mayo de 2022). “Una vez que entras más allá de los dolores, frustraciones, está buenísimo, después ves algunos logros, está bueno, vale la pena vivir así, vale la pena que las cosas nos sigas asombrando y no naturalizar es otra frase siempre. No naturalicemos, no podemos naturalizar la olla popular. No dar por hecho cosas que no deben ser, que no hacen a la dignidad de la persona” (Integrante 9, 5 de julio de 2022). “(...) lo que pude dar fue muchísimo en relación a los vínculos sociales con la gente. Tengo recuerdos hermosos. El vínculo con la gente, desde lo personal me hace sentir bien, yo ya tengo esta impronta social.” (Integrante 13, 12 de julio de 2022).

En este sentido, la comunidad se entiende en este trabajo como: “ámbito de pertenencia y acción”, donde la misma cobra sentido en el encuentro con una-otra a través de los cuidados y el sostén mutuo (Osorio, 2015, p. 134), habilitando espacios-tiempos, en este caso mediante medios novedosos como es el grupo de WhatsApp, componiendo un horizonte común hacia la transformación.

Por otro lado, sus prácticas dan cuenta de una nueva forma de hacer política porque aluden a nuevas formas de hacer, en tanto plantean entre sus objetivos la transformación de realidades cotidianas (Viñar, 2020) de las mujeres, mediante la posible apertura de espacios que posibiliten encuentros entre vecinas en el barrio. Esta nueva forma de hacer política, está estrechamente vinculada a la ruptura de los límites socialmente establecidos por los roles de género para con las mujeres, desafiando las estructuras de opresión (Echavarría y Bard Wigdor, 2013), que relegan a las mujeres al espacio privado expropiado de politicidad (Segato, 2018) y reproducen lógicas de enemistad y aislamiento entre nosotras (Gutiérrez Aguilar et al., 2018).

La investigadora Daniela Osorio (2015), identifica estas prácticas como “modalidades colectivas que intentan ser alternativas a la racionalidad capitalista” a través de la interdependencia, construyendo nuevas formas de vida (p. 132). Se pone a la vida en el centro (Federici, 2020), a través de la gestión de recursos y la generación de redes de contención, en un movimiento reivindicativo que se sustenta, no sólo a través de la participación en los espacios del barrio, sino también por la conquista del espacio público barrial (Echavarría y Bard Wigdor, 2013).

En relación a lo anterior, las integrantes del 8M Flor señalan que la plaza para ellas, “es un lugar para visibilizar nuestra resistencia (...)” (Integrante 4, 15 de mayo de 2022) expresa de esta forma la potencia de agenciamiento, siendo la plaza un espacio de resistencia para legitimar su participación en el mismo (Cabrero Blanco, 2015). Lo que me parece importante resaltar en estas líneas, es que hay un corrimiento del lugar de víctimas que ha sido impuesto históricamente a las mujeres. Los aportes de Verónica Gago (2020), ayudan a pensar en la organización de las mujeres en los espacios públicos, como la búsqueda de

nuevas formas de habitar nuestros cuerpos, de defendernos y comenzar a tomar acción, acudiendo a la red, al colectivo, para cuidarnos y cuidar a nuestras compañeras. El hecho de enunciarse en un espacio público barrial además de vincularse con el hacer público lo privado, tiene que ver con una enunciación pública contra el entramado de violencias que atenta contra sus vidas cotidianas y las de otros actores barriales, en espacios de decisiones autónomas (Gutiérrez Aguilar, 2018) y habla de los procesos de agenciamiento que esta expresión colectiva permite.

En este sentido, propongo que pensemos a esta expresión colectiva de mujeres como una red múltiple de articulaciones (Echavarría & Bard Wigdor, 2013), entendiendo el carácter político de la misma en clave feminista. Esto no quiere decir que la misma sea una expresión feminista, y con esto busco poner foco en el hecho de que si bien ellas tienen un accionar que da cuenta de algunas lógicas feministas, no todas se identifican como tales. En relación a esto, “el grupo no se identifica como feminista, hay muchas tensiones con las corrientes feministas” (Integrante 5, 21 de mayo de 2022).

Mi acercamiento al territorio como feminista, me dio claves para descentrar la noción de participación colectiva entre mujeres del ser feministas, en este sentido aportes de Raquel Gutiérrez Aguilar (2018), nos brinda pautas para pensar que estas expresiones en contextos barriales, pueden ser leídas desde la conformación de alianzas en encuentros, donde se comparten sufrimientos que las mujeres muchas veces viven como individuales, pero que de alguna forma comparten.

En relación a esto, algunas aluden a que estas tensiones se deben al feminismo académico, el cual se ha vuelto central y ha dejado de lado al feminismo territorial. En los encuentros grupales se generaron intercambios vinculados al feminismo que podría llegar a imperar en el grupo, se desprende de esto la necesidad de un feminismo territorial “de barrio”. En este sentido hay un corrimiento de las teorías como centrales en el movimiento feminista: “el feminismo se hace día a día, ya que hay mujeres que luchan por la vida y no se dicen feministas (...) es importante entender que el foco está en cómo vemos al otro y su vulnerabilidad.” (Integrante 5, 21 de mayo de 2022)

De este modo, la acción colectiva entre mujeres en defensa de la vida en el barrio Flor de Maroñas, son leídas en este trabajo como expresiones efervescentes (Gutiérrez Aguilar, 2018), que buscan proclamar el derecho a la vida digna independientemente de identificarse o no como feministas.

A partir de estas lecturas, podemos hablar de los devenires participativos que se nuclea en este grupo, como “prácticas micropolíticas de resistencia” (Fagundez y Diverio, 2018. Citado por Da Fonseca et al., 2019), compuestos por acciones que se configuran en las relaciones que allí se dan y a los movimientos emergentes dentro de las posibilidades que configuran distintas dinámicas y significados. (Da Fonseca et al., 2019).

Para finalizar este apartado me gustaría que nos centremos en la siguiente pregunta:
¿Qué convoca a la conformación de este grupo y por qué participar del mismo?

Tanto en los encuentros como en las reuniones, se fueron generando emergentes que permitieron pensar los objetivos del grupo, más allá de la descentralización del 8M y la realización de eventos puntuales. La idea fue adentrarnos en la potencia que este grupo tenía como espacio entre mujeres, vinculado a los horizontes que muchas de ellas venían pensando en relación a los objetivos.

En torno a la conformación del grupo como tal y los objetivos del mismo, “tiene que ver con la dificultad de la mujer en los barrios no céntricos de participar en estas marchas y espacios. A veces no encuentran los caminos. Si no los encontraba yo, que socialmente tengo más vínculo, la mujer que está dentro de su casa cuidando a sus gurises en el día a día, no digo que no tengan ganas, pero a veces se sienten limitadas por la realidad. Algo más que me llevó a participar es poder hacer esos contactos con las mujeres del barrio y poder vivenciar acá en el barrio” (Integrante 13, 12 de julio de 2022). En relación a esto señalan que, “en el barrio hay muchas situaciones de mujeres que están pasando mal, solas y algunas hasta sin pedir ayuda o hacer algo para mejorar la situación” (Integrante 1, 8 de mayo de 2022). “Hay mujeres que no participan porque sus problemáticas y contextos dificultan la misma, al punto que hasta el acceso a la salud es limitada. La mujer en el barrio la está pasando muy mal (...) Hay miedo a la hora de pedir ayuda, sobre todo cuando hay hijos en el medio(...) es difícil (...) Se necesita confianza. Cuando hay violencia es más difícil que hablen. ¿Cómo llegamos al núcleo duro que no accede?” (Integrante 6, 13 de Junio, 2022).

Se hace evidente la preocupación en torno a la situación de la mujer en el barrio y la importancia de acompañarse mutuamente, a través de la participación entre mujeres en espacios de cuidado, de este modo se reitera en los relatos: “La necesidad de generar cuidados entre mujeres (Integrante 1, 8 de Mayo, 2022) “justamente porque no se tiene a donde ir. Se hace justamente para tener redes” (Integrante 7, 30 de Junio, 2022). Vinculado a esto se hace hincapié en la necesidad de “generar espacios de encuentro entre mujeres, niñas y adolescentes, en torno a temas como sexualidad, acoso, violencia, el ser mujer y sus implicancias en el barrio y en los ámbitos institucionales. Hay que hacer más conexiones en el barrio para juntar fuerzas en relación a la violencia de género” (Integrante 3, 13 de mayo de 2022), “la idea es hacer redes y para eso necesitamos apoyarnos entre todas” (Integrante 2, 12 de mayo de 2022) porque “si no te sientes sola en tu accionar” (Integrante 7, 30 de junio de 2022).

En estos relatos insistía de forma permanente una búsqueda no solo por visibilizar la situación de las mujeres, niñas y adolescentes en el barrio, sino también por generar espacios de problematización entre mujeres, a través de instancias compartidas entre vecinas: “Tiene que haber un lugar así para que sean apoyadas y escuchadas, porque lo primero que hacemos es mandar a la mujer que sufre violencia a un centro a otro centro y a otro centro y entre todo ese trámite, puede hasta llegar a estar muerta, entonces hay que seguirla de cerca, contenerla, estar (...)” (Integrante 12, 11 de julio de 2022). En este sentido, se plantea la posibilidad de realizar talleres y encuentros vinculados a este fin poniendo en el centro el compartir con otras mujeres (Diario de campo, 22 de octubre de 2022)

En este sentido, se hace visible la necesidad de garantizar condiciones que habiliten a la participación de todas las mujeres del barrio en este espacio que se pretende sea organizado y autónomo. La autonomía del grupo en este caso, tiene que ver con la independencia a las instituciones presentes en el barrio: “salió espontáneo del barrio y somos muchas las mujeres que estamos trabajando a nivel social (...) con diversas inquietudes (...) queremos abordar lo que es el tema mujer en el barrio por fuera de la institucionalidad” (Integrante 9, 5 de julio de 2022). En este sentido, las mujeres han dejado claro el uso del Centro Cultural (CRECE) del barrio como un recurso para potenciar los espacios de encuentro e instancias informativas y de formación con las y los vecinos del barrio: “El espacio del Crece esta muy bueno, podemos usarlo, pero sin que nos digan que hacer, sino más bien nosotras gestionar nuestros eventos, sin que se metan” (Integrante 2, 12 de mayo de 2022)

Esto da pistas para pensar que la conformación de este grupo se vincula estrechamente con la reivindicación de los derechos de otras personas y los derechos propios (Echavarría y Bard Wigdor, 2013), ya que la conformación de este grupo no solo se centra en la descentralización de la movilización del 8 de marzo, sino que expande sus horizontes hacia la configuración de nuevas redes de contención en el barrio para poder generar condiciones de vida digna a aquellas mujeres, niñas, niños y adolescentes que son vulnerados.

Al dialogar en torno a la importancia de mantener el espacio para que estos objetivos se puedan materializar, muchas de ellas problematizan los devenires participativos y el “estar”. En ese “estar”, “ser parte de”, se hacía recurrente el término “involucrarse”, lo cual me llevó a indagar en torno a los significados este tenía para ellas.

En relación a esto, involucrarse tiene que ver con: “(...) que te atravesase, algo te tiene que generar, la bronca es buena, hay que darle espacio y lugar, si no romantizas todo.” (Integrante 5, 21 de mayo de 2022), “(...) siempre digo que a uno nunca pueden dejar de doler las cosas que pasan, cuando uno naturaliza o deja de asombrarse, o deja de doler (...) uno ahí ya perdió parte de su humanidad, es fundamental esto de que siempre te peguen

estas cosas, que uno realmente sienta que es necesario tratar desde que formas se pueden. No te digo solucionar, porque no hay soluciones mágicas, pero por lo menos que uno siente que está participando y está tratando de hacer algo.” (Integrante 9, 5 de julio de 2022). Este término es utilizado para hacer alusión a un compromiso colectivo que también tiene que ver con: “que te haga reír, ser parte. Es poder sentir pero teniendo una distancia óptima como para actuar, que no te paralice. Sentirlo visceralmente. Involucrarse personalmente es una forma de integrar a los que están pasando situaciones de vulneración (...)” (Integrante 8, 30 de junio de 2022).

Por un lado, involucrarse tiene que ver con los encuentros y los efectos que las mismas producen, ya que se vincula este término con movilizaciones afectivas que se producen al habitar el barrio y vivir realidades donde se vulneran constantemente derechos. Por otro lado, involucrarse está estrechamente vinculado a la acción. Desde estas líneas, el hecho de estar involucrada se compone entre efectos y afectos que sirven como motor para la acción.

Pactos emergentes entre mujeres: ¿Cómo se hace frente a la violencia contra la mujer en el barrio flor de maroñas?

“Qué habría sido de las mujeres en el patriarcado sin el entramado de mujeres alrededor, a un lado, atrás de una, adelante, guiando el camino, aguantando juntas. ¿Qué sería de nosotras sin nuestras amigas? ¿Qué sería de las mujeres sin el amor de las mujeres?”

(Lagarde, 2006, p.124)

Este apartado sin dudas tiene una gran carga afectiva, ya que contiene relatos que me movilizaron de múltiples formas, los mismos fueron posibles gracias a la confianza mutua. Por razones éticas muchos de ellos no son expuestos, pero son componentes esenciales que me acompañaron en la escritura, además posibilitaron afianzar el vínculo a través de miradas cómplices, muchas veces acompañadas de silencios que decían mucho. Fue en estos relatos que me encontré con lo potente de los encuentros entre mujeres, la importancia de compartir nuestras experiencias y de lo similar que muchas veces son las mismas, por más distintos que sean nuestros contextos.

Es mediante el encuentro entre mujeres, que hemos construido estrategias en base al acompañamiento y la escucha mutua, para sostenernos y crear nuevas formas de hacer política. Como he mencionado anteriormente, estas nuevas formas de hacer política, en este grupo de mujeres autónomas, están estrechamente vinculadas a la transformación de las condiciones de existencia, la falta de reconocimiento y la subordinación social. Dora

Barrancos (2021), utiliza el término agencia para caracterizar estas nuevas formas de hacer política, por lo cual es preciso afirmar que estamos ante “entramados que constituyen agencias” (p. 13). En relación a estos procesos de agenciamiento colectivo protagonizado por mujeres, me parece preciso el aporte que hace Marcela Lagarde cuando describe a la sororidad como una estrategia, que habilita el pacto entre mujeres a través del cuidado mutuo y el despliegue de nuevas lógicas de relacionamiento (Lagarde, 2006). La sororidad es un componente que permite potenciar las acciones vinculadas a la defensa de la vida, a través de la creación de nuevos lazos afectivos, incidiendo de manera significativa en las lógicas individualistas y de rivalidad entre mujeres, que promueve el sistema capitalista y patriarcal (Gutiérrez Aguilar, 2018).

En este apartado, la sororidad será puesta en diálogo con las alianzas que se mantienen entre las integrantes del grupo. No está de más mencionar, que estas alianzas son cruciales para el sostén mutuo, en otros espacios mixtos, donde se toman decisiones para con el barrio. Es decir que, las alianzas entre mujeres en el barrio Flor de Maroñas, toman cuerpo en esta expresión colectiva, lo que da pautas para pensar los devenires participativos en clave de procesos de agenciamiento, vinculados estrechamente con la sororidad.

Los pactos entre mujeres, son un componente clave en la configuración de este grupo, ya que si bien la misma reconoce sus orígenes estrechamente vinculados a la descentralización de las manifestaciones por el Día Internacional de la Mujer, enfatizan que el espacio tiene como objetivo la creación de instancias para nuclear a las mujeres del barrio y poder así componer distintas redes de sostén, sobre todo para aquellas en realidades de extrema vulneración; “Vos ves en la realidad que las mujeres necesitan un espacio para estar. Las mujeres necesitamos esos espacios donde una dice “es para mí”(…) los grupos de mujeres los veo necesarios para que la mujer tenga su propio espacio y en la forma de poder expresarse, liberarse y aprender a través de lo que vos estás sintiendo y a sostener.” (Integrante 13, 12 de julio de 2022). “Ahí empiezas a fortalecerte, ¿no? (...) mujeres que también pasaron alguna violencia, empezas a intercambiar, te reinventas, sos la misma mujer, pero primero todo ese proceso de encontrarme con otras y otras experiencias e iba todo a lo mismo, ¿Te paso lo mismo que a mí? (...) ¿Dónde estaban esas pibas?!” (Integrante 10, 5 de julio de 2022). “Somos las que vamos pa’ delante, las guerreras (...) es como siempre, siempre van a haber más mujeres en todos estos movimientos, un poco eso porque las mujeres somos las que salimos adelante, las que miramos (...) es por ahí me parece, es respetarnos” (Integrante 12, 11 de julio de 2022). “Vos te reunís con compañeras por algo que te da inconformidad y luchas con ellas, es importante visibilizar la situación de las mujeres en el barrio” (Integrante 2, 12 de mayo de 2022).

En relación a la importancia que las integrantes le dan a los vínculos entre mujeres y las nuevas formas de hacer política, se hace hincapié en el mismo como “separatista”, esto para ellas quiere decir que: “(...) los hombres pueden ayudar pero no tomar decisiones. Los espacios de mujeres son donde toman decisiones y piensan las mujeres (...)” (Integrante 4, 15 de mayo de 2022). Si bien esto ha sido parte de un debate que sigue aún presente entre las participantes, me parece interesante leer esto como una estrategia política, ya que “decidir sobre nosotras mismas y sobre el mundo es un tabú” (Menéndez Díaz, 2019, p.142), por consiguiente, el hecho de hacerlo posiciona a las integrantes del 8M Flor en un lugar transgresor, para con los roles de género impuestos y da pautas para pensar en el grupo 8M Flor como un espacio que posibilita una apertura de nuevos sentidos entre mujeres. Porque permite la producción de espacios que hacen frente a las lógicas de mediación patriarcal, mediante la reconstrucción de las relaciones y prácticas entre mujeres, con el fin de reorganizar experiencias desde su propia voz e interdependencia (Gutiérrez Aguilar et al., 2018).

El entre mujeres es una forma política de acción, porque la misma consiste en generar vínculos de confianza entre mujeres con el fin de habilitar la autoconciencia, a partir de encuentros que permitan, en palabras de Raquel Gutiérrez Aguilar (2018): “a cada una reflejarnos en la experiencia de la otra y comprender que el malestar que sentimos y habitamos, –siempre distinto, siempre similar- se origina en la violenta negación que hace de nosotras un mundo organizado, en torno a una racionalidad masculino dominante que estructura el orden económico como negación del mundo de la reproducción de la vida y la vida política como práctica de representación”. (p.44)

En este apartado, sostengo que el entre mujeres en esta expresión colectiva, se podría leer como una estrategia para hacerle frente a la violencia contra la mujer en el barrio. Se hace necesario pensar la violencia como una composición que se configura en la cotidianidad de las integrantes. En nuestros encuentros, cada integrante pudo abrir caminos para pensar en las violencias imbricadas en la cotidianidad, vinculados estrechamente con sus vivencias singulares.

Tomó protagonismo en los relatos, la constante vulneración a la que se ven expuestas, ya que sus posibilidades de acción son pocas o nulas: “Te cuentan que no tienen para comer, que no consiguen trabajo, que el sueño era terminar su pieza y no la terminó, bueno y todas estas situaciones, las de violencia. Los testimonios de las gurisas que sus parejas han sido violentas y las has llevado a tipos de vida que ellas no querían, te sentís que no tienes las herramientas para llevar a cabo eso, y además te sientes defraudada. Porque me he encontrado con situaciones en las que he golpeado muchas puertas en que tenía la idea de que iba a encontrar una respuesta y no, no la encuentras, o la encuentras a medias, el tema es que una se siente limitada a veces. No cuesta, te frustra. Entonces esto te sienta

mal. Terminó abrazando a quien pone el cuerpo, pero sin poder dar más y te sentís mal, a mí me duele mucho cuando empiezas a trabajar con una mujer que te plantea sus temas de violencia. Es difícil hacer las cosas sabiendo que no vas a cambiar el mundo y no tienes las herramientas” (Integrante 13, 12 de julio de 2022). “El rol del INAU es limitado, los plazos son muy complejos, fijate que hay casos que son urgentes y se dan resoluciones judiciales, pero la ejecución es lenta, menos mal que son urgentes (me mira con preocupación). Las escuelas disfrutables yo lo uso como formalidad porque hacen poco, una lo tiene que hacer por protocolo. Son muchas las escuelas que tienen que abordar, y los equipos son chicos, los equipos llegan derrotados. Además para intervenir hay que conocer a la gente, si venís de afuera es difícil, tiene que haber confianza. Si yo no te conozco, ¿qué te voy a decir?, no te conozco” (Integrante 7, 30 de junio de 2022). “Hay violencia a la mujer y vulnerabilidad de los gurises en todos los sentidos, desde nivel educativo hasta el otro tema más escondido que es el abuso infantil. Lo cuentan los gurises ahora las maestras están atentas a esto, salta el abuso infantil y evidentemente hay violencia en la familia (...) hay pocas posibilidades de dar respuesta. Ahora se habla del tema, se agrega el del hambre, hay mucha hambre se está palpando en el barrio, lo estoy palpando yo a través de docentes que me siguen contando que en los liceos hay hambre. Eso son las distintas violencias en el barrio.” (Integrante 9, 5 de julio de 2022)

Las vulneraciones son múltiples y se vinculan con la falta de recursos eficientes y abordajes integrales, para poder sostener a otras que están siendo vulneradas, muchas de las integrantes son firmes en la falta de apoyo estatal: “No tenemos políticas estatales. Se hace denuncia, pero los jueces muchas veces desconocen políticas públicas del Estado, por ejemplo no tienen ni idea de los hogares. La gente que labura no labura mal, no hay herramientas. No hay abordajes integrales, terminamos agarrando con pincitas lo que tenés” (Integrante 5, 21 de mayo de 2022). “Faltan institucionalmente políticas con economía para apoyar a la mujer, no es solo protección, que denuncien y se las proteja, es dar herramientas” (Integrante 8, 30 de junio de 2022). “No hay acompañamiento en las denuncias. Es complicado llegar, sin SOCAT es más difícil aún, solo se puede llegar por la escuela y la salud” (Integrante 6, 13 de junio de 2022).

En relación a esto, en reiteradas veces se ha mencionado la posibilidad de asistir desde el grupo a las poblaciones más vulneradas del barrio (mujeres, niñas, niños y adolescentes), pero surgen inquietudes en torno a la falta de herramientas: “El sistema nos lleva a estar solas, las maestras están solas, no nos pagan horas extras para poder planificar juntas. ¿Cómo vamos a coordinar con los niños? (...) ahí tenés algunas que dan la clase con la puerta cerrada, la puerta cerrada! (me mira con expresión de incompreensión) eso ya te dice todo (...) ¿Por qué cerraste la puerta?” (Integrante 7, 30 de junio de 2022). “No tenemos formación en trabajo comunitario, es tomá, fijate cómo haces”. (Integrante 7, 30 de junio de

2022). “No nos dan herramientas, cada uno lo va tramitando como puede, hay pocas posibilidades de dar respuesta” (Integrante 9, 5 de junio, 2022). Finalmente en los encuentros grupales logramos establecer pautas para salir de este lugar de “incapacidad” por “falta de herramientas”, centrándonos en torno a las posibilidades que allí se podían construir a partir de lo que cada una “puede y quiere” (Diario de campo, 28 de octubre de 2022). De este modo, las integrantes conciben que sus roles hoy en día se vinculan a “derivar y acompañar los procesos” (Diario de campo, 22 de octubre), a partir de las instancias de encuentro entre vecinas.

Hay una clara demanda en torno a la falta de integralidad de los abordajes, vinculada a las denuncias de violencias que las mujeres, niñas y adolescentes del barrio se ven sometidas y como esto recae en las integrantes, quienes tienen que lidiar día a día con situaciones que las desbordan. Muchas de ellas, sobre todo las maestras, se han involucrado en situaciones legales para apoyar a muchas mujeres, niñas y adolescentes, según ellas estas situaciones muchas veces las colocan en un lugar de exposición ante la comunidad, sin embargo describen estas intervenciones como parte de lo satisfactorio de desempeñar trabajos comunitarios en el barrio.

La violencia se compone de un conjunto de fenómenos que producen efectos negativos, vinculados a la vulneración constante de sus derechos tanto en las instituciones donde trabajan y desempeñan roles comunitarios así como en la vía pública. Pero lo central en los relatos tiene que ver con la vulneración a otras personas, lo que lleva a pensar la violencia como la serie de fenómenos encarnados en los vínculos. En este sentido, la misma se configura en un campo de relaciones, donde lo afectivo puede ser visto como aquello que conecta las distintas realidades que coexisten en el barrio.

Para seguir pensando en relación a la coexistencia de realidades en el barrio y la violencia, se hacen pertinentes aportes desde las teorías feministas, de esta forma se entiende a la violencia como una red de violencias articuladas y legitimadas por el entramado social (Zaldúa, Lenta y Longo, 2020). Tomando los relatos como centrales en esta composición, las mismas son estructurales y contextuales (Gago, 2019) por ello las características del barrio Flor de Maroñas sin dudas cobran una importancia relevante.

Una de las caras del barrio se presenta como un escenario donde predominan -además de los robos- las disputas territoriales vinculadas a balaceras en plena luz del día: “hay vendettas⁶ entre familias, se matan entre ellos, hay peleas callejeras y se agarran a tiros” (Integrante 6, 13 de junio de 2022), varias integrantes denuncian los tiroteos en plena luz del día, y lo recurrente que es la vulneración hacia la mujer en este contexto: “Si sos mujer más te roban te sacan las compras del almacén” (Integrante 2, 12 de mayo de 2022). “Yo ya no

⁶ Hace referencia a las peleas por enemistad entre las partes involucradas.

vengo más por allí abajo porque me robaron y me tiraron al suelo, ahora vengo en ómnibus” (Integrante 14, 19 de junio, 2022). “Es complicado andar por el barrio de noche, si sos mujer eso dificulta la manera de transitar” (Integrante 2, 12 de mayo, 2022). “Me robaron hace poco, me sacaron la bolsa del almacén y me arrastraron por el piso. Es difícil transitar. Para reunirse tendría que ser de día por el barrio. Que igual de día te roban y tenes que estar atenta” (Integrante 3, 13 de mayo, de 2022).

Un aporte para poder abordar la lectura de estos relatos tiene que ver con la geografía feminista. Valentina Torre, Victoria Jorge, Sofía Cardozo y Jimena Pandolfi (2018), en su trabajo titulado “Habitar urbano en Montevideo desde una perspectiva de género” afirman “la existencia de fronteras simbólicas, espaciales y temporales que operan como mecanismos sutiles pero efectivos para demarcar usos diferenciados de la ciudad según género” (p. 1374). Este aporte abre pistas para pensar en torno al problema de circular en el barrio siendo mujer, sobre todo cuando hay poca luz. Esto afecta de manera significativa el derecho a transitar libremente por la vía pública, lo cual habla de las posibilidades diferenciales de apropiación del espacio público entre hombres y cuerpos feminizados. Una de las tácticas que muchas vecinas usan para evitar el robo de objetos de valor, es el uso de “carteras falsas”: “Yo ando con esta cartera trucha con agua adentro y mis cosas personales en mi chaleco (se ríe y me muestra la cartera)” (Integrante 2, 12 de mayo de 2022). Además en los relatos aparecen anécdotas relacionadas a el uso de alfileres en la vía pública, una táctica que se fue pasando de generación en generación; “Mi madre lo primero que me regaló fue un alfiler para que pinchara a los hombres que me acosaran en la vía pública, en el transporte público” (Integrante 2, 12 de mayo de 2022).

Podemos pensar en la violencia “en relación con un conjunto de violencias” (Gago, 2019, p. 61) para entenderla imbricada en sus cotidianidades. Es decir que, para pensar a la misma lo más pertinente sería imaginarnos una red articulada por distintos nudos y tensiones, donde cada violencia opera en relación una con otra, generando así un sistema.

Para construir este marco interpretativo, propongo que nos detengamos ahora en el tejido de líneas teóricas para entender la violencia contra las mujeres, con el fin de aportar a esta lectura un insumo que nos permita entender el carácter político de la emergencia de este grupo de mujeres y además nos den pistas para comprender la necesidad del entre mujeres para hacerle frente a la misma.

La violencia contra la mujer y los cuerpos feminizados consiste en un entramado de violencias que se sostienen entre sí (Gago, 2019), siendo la misma la columna vertebral del sistema patriarcal capitalista y colonial (Federici, 2015). Raquel Gutiérrez Aguilar toma aportes de Itandehui Reyes (2017), y la define como un contínuum, debido a su carácter histórico y social que estructura las relaciones de género, teniendo un carácter multiforme (Gutiérrez Aguilar, 2018). La violencia contra las mujeres es un instrumento de dominación

discriminatoria, que tiene como su fin central la subordinación de la mujer y cuerpos feminizados (Pérez Manzano, 2020), atenta contra la reproducción de la vida porque una de sus expresiones más directas en América Latina tiene que ver con el despojo y la explotación continua de las mujeres, niñas y adolescentes obturando la autonomía de nuestros cuerpos y de la naturaleza (Gutiérrez Aguilar, 2018).

Todo lo anterior, es parte de un escenario que posiciona esta novedosa expresión colectiva de mujeres con estas características como una producción del campo, que busca contener los efectos que las violencias producen en muchas de las mujeres, niñas y adolescentes del barrio a través del pacto entre mujeres. De este modo podemos verlas como: “un modo y un camino para hacernos cargo del malestar que arrastramos en el mar de dificultades que supone habitar dentro de la trenza amarrada entre patriarcado, capitalismo y colonialidad; es la acción práctica de desamarrar tal red de sujeción simultáneamente regenerando tramas de interdependencia más saludables y amables”. (Gutiérrez Aguilar et al., 2018, p. 12)

Estos pactos emergen en un contexto donde la vida es puesta en el centro, a través de relaciones que se dan en el campo. Estos pactos y alianzas, se vienen construyendo hace varios años a través de distintas acciones en el espacio público barrial y son esenciales para el sostén del grupo.

Es mediante esta nueva forma de hacer política a través del cuidado extendido al espacio público, que se configura una forma de hacer en interdependencia. De esta forma se puede pensar al 8M Flor como un espacio que podría permitir el apoyo mutuo entre mujeres desde el acompañamiento y la escucha (Menéndez Díaz, 2018), en este caso encarnado por medios novedosos como son el grupo de WhatsApp, encuentros informales y actividades específicas en el espacio público barrial. En relación a esto, se componen nuevas formas organizativas que tienen que ver con una activación en el hacer. Es decir, que se configuran lógicas donde es la acción la que permite la emergencia de encuentro y hablan de un quiebre a la soledad instituida por las lógicas patriarcales (Menéndez Díaz, 2018). A su vez, esto configura una construcción de la identidad del grupo en torno al ser en acción, ya que su sentido se va construyendo a posteriori de la acción (Viñar, 2020).

Por otro lado, estas nuevas formas organizativas y alianzas se conectan con sus vivencias singulares que han dibujado distintos paisajes propicios para el desarrollo de trayectorias vinculadas al trabajo comunitario en el barrio. En este sentido la conformación de este grupo puede ser pensada como una forma para expandir la experiencia de lucha cotidiana mediante el accionar público (Echavarría y Bard Wigdor, 2013) en un estrecho vínculo con el cuidado mutuo (Menéndez Díaz, 2018).

Políticas del cuidado: resistir en interdependencia

Como mencioné al principio de este trabajo, un aspecto que llamó mi atención a medida que habitaba el barrio y los espacios de toma de decisiones en el mismo, se vinculó con las múltiples prácticas comunitarias que las mujeres sostienen en el mismo. Por otro lado, se sumaba a esto el hecho de que muchas de ellas se nucleaban en esta expresión colectiva. Esto se trabajó en los encuentros, para ello insistimos en abrir líneas de problematización en torno al papel de las mujeres en el cuidado del entramado social y el autocuidado.

Para pensar en torno a esto se hizo indispensable hacer hincapié en las políticas del cuidado como centrales en lo que atañe a sus prácticas, lo que compone múltiples flujos resistenciales. Recorro a la metáfora de los flujos para entender la resistencia como una configuración relacional, desde la interdependencia (Braidotti, 2018). De esta manera se saca el foco de las prácticas y se lo coloca en las múltiples redes y alianzas que se dan cotidianamente entre las mujeres.

Para comenzar a esbozar líneas y construir este apartado, se hace necesario que definamos el cuidado como, “un trabajo que tiene que ver con el mantenimiento y sostenimiento de la vida” (Zaldúa et. al., 2020, p.17). Mediante las prácticas de cuidado se producen medios para reproducir la vida, lo que en el contexto capitalista colonial y patriarcal se vincula con la visibilización de la: “explotación cotidiana de nuestro trabajo reproductivo-productivo y afectivo” (Gutiérrez Aguilar, 2018. p. 52). En este sentido, la política del cuidado tiene que ver con el reconocimiento de la vulnerabilidad, “como una condición común de la humanidad” (Zaldúa et al., 2020, p. 17).

Este tipo de prácticas son las que diagraman y componen las nuevas formas de hacer política en el barrio, encabezadas por mujeres: “(...) siempre somos mayoría mujeres en los eventos del barrio, nosotras organizamos y ponemos el cuerpo en mayoría.. los hombres son la excepción. Es común que los hombres no estén en los espacios donde hay que hacerse cargo de los cuidados en el barrio” (Integrante 4, 10 de mayo, 2022).

Las integrantes del 8M Flor han liderado la organización de distintas actividades en el barrio, desde sus múltiples roles e instituciones de las que forman parte -escuelas, CAIF, club deportivo, entre otros-, para contribuir al entramado comunitario. Este grupo muchas veces ha sido clave para la coordinación de actividades que comprenden, desde la participación en eventos de recaudación para colaborar con las escuelas vandalizadas, donde varias de ellas han sostenido los espacios de venta de ropa, comida y emprendimientos, hasta la realización de ollas populares, merenderos y espacios de cuidados para niños y niñas, entre otros espacios donde lo central es la reproducción de la vida a través del sostén mutuo.

Por otro lado, se hace necesario que pongamos el foco en la pandemia como un acontecimiento que agudizó las jornadas dobles en los barrios para las mujeres en el barrio, ya que las mismas sostuvieron los cuidados dentro y fuera de sus casas. No está de más decir que si bien la pandemia ya no se encuentra presente en nuestro país, estas prácticas siguen presentes en muchos barrios y siguen siendo sostenidas en su mayoría, por mujeres. Me parece interesante incluir el aporte que hacen Catalina Barra y Pamela Caro (2021), ya que denominan a las lógicas neoliberales como aquellas que afectan la participación de las mujeres en los contextos barriales y la construcción de espacios de militancia autónomos, situando a las mujeres en el cumplimiento de jornadas dobles de trabajo.

En este sentido el tiempo dedicado a formar parte de este grupo de mujeres podría significar un desafío, ya que las posibilidades de encontrar tiempos para reunirse se reducen, no sólo por las actividades fuera de casa vinculadas al barrio, sino también por el trabajo doméstico: “Estamos hablando de que en este 8M.. son mujeres que trabajan, que encima de estar pensándose a ellas están pensando en otras (...) fijate que en el grupo de las mujeres hay muchas maestras.. y las maestras ya trabajan 12 horas a veces, tienen su casa, entonces los espacios de militancia se reducen, hay que considerar todo eso, esa es la realidad” (Integrante 11, 8 de julio de 2022).

Se desprende de esta lectura las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las posibilidades de participación en este grupo, cuando muchas de las integrantes que desean sostener el espacio desempeñan roles de cuidado públicos y privados?. “¿Quiénes sostienen?, ¿En qué momento? (Integrante 11, 8 de julio de 2022). En relación a esto, impera una constante problematización en torno a cuáles son las posibilidades de participación en espacios de militancia en el barrio, lo cual habla del autocuidado que muchas de ellas tienen para con sus prácticas y el de sus compañeras. Podemos ver cómo el grupo pone en el centro la problematización los roles de cuidado en pandemia al enunciarse en el espacio público barrial: “Durante estos dos años de pandemia las mujeres de los barrios sostuvimos las ollas populares, los centros culturales, las instituciones educativas y por supuesto, las tareas de nuestros hogares que se profundizaron y sigue siendo trabajo no remunerado” (Proclama manifestación 8 de Marzo de 2022, Plaza Flor de Maroñas), lo que da pautas para pensar esta expresión colectiva entre mujeres como un espacio donde se pone en el centro el hecho de que el ámbito privado y el ámbito público se relacionan y complementan (Federici, 2015).

Esta forma de problematizar los roles de cuidado tiene un componente reivindicativo en cuanto lo coloca en el centro como un problema que debe involucrar a todo el barrio. Lo cual habla de un reconocimiento de la vulneración como algo que atraviesa a todo el tejido social (Zaldúa, et al., 2020) y requiere de un compromiso de todos los actores barriales.

Relacionado con todo lo anterior, se puede observar un corrimiento de los roles tradicionales de género posibilitando procesos de agenciamiento colectivo.

En este grupo de mujeres, el cuidado se imbrica en la reproducción de los lazos sociales para garantizar no solo la reproducción de la vida (Gutiérrez Aguilar y Salazar 2019), sino también, el cuidado mutuo a través de lazos que día a día se fortalecen a través de acciones cotidianas que despliegan en el barrio, en estrecho vínculo con las alianzas que muchas de ellas vienen construyendo hace años.

En relación a lo anterior, me gustaría que pensemos en la interdependencia como el componente central en torno al cual entiendo los flujos resistenciales que este grupo de mujeres configura, mediante sus múltiples maneras de relacionarse entre sí. En estos vínculos se construyen lazos, que pueden ser pensados como bienes comunes (Zibechi, 2019, pp.59).

Cuando hablo de interdependencia, me refiero a los planteos que hace Daniela Osorio (2015), citando a Butler (2010), refiriéndose a la misma como “el reconocimiento de la precariedad que condiciona nuestra existencia y que vincula nuestra condición a la presencia de otras (humanas y no-humanas) durante el proceso vital. (...) De lo que se trata no es de la “vida como tal”, sino acerca de las condiciones de vida, la vida como algo que exige condiciones para llegar a ser una vida “vivable”” (p.147). En este sentido la interdependencia tiene que ver con una dependencia necesaria no solo entre humanos, sino también con lo no humano. Pone en el centro el rechazo a la concepción del individuo aislado, hiperestimulado a ser independiente y por sobre todo, a la idea del empoderamiento personal (Osorio, 2015). Para sostener la vida se hace necesaria la generación de tramas afectivas a través de vínculos sostenidos en el tiempo, que posibiliten el sostén mutuo.

Por otro lado, como menciono al principio de este apartado, al problematizar las prácticas de cuidado que las integrantes desempeñan tanto a nivel privado como público, se hizo necesario poner el autocuidado en el centro, como un componente que muchas veces queda invisibilizado cuando se piensa en las prácticas de cuidado para con el entramado social. Desde una perspectiva feminista, hay aportes que problematizan el hecho del ser para otros como un fenómeno que se vincula con los roles de género impuestos (Gutiérrez Aguilar et al., 2018), esto afecta directamente a las mujeres en este contexto, donde cuidar de otros hace parte de sus prácticas cotidianas. En este sentido, el ser para otros se puede vincular con el hecho de dejar de ser para una misma, dejando de lado muchas veces el autocuidado. Pero: ¿Cuáles son las posibilidades de autocuidado en contextos donde las condiciones de vida se ven continuamente vulneradas?.

Para poder abrir nuevos marcos interpretativos vinculados al autocuidado desde sus experiencias, propongo que nos adentramos en los efectos que, el “ser para otros” ha producido en su salud: “El cuerpo te pide cortarte, separarse, yo siempre digo que no logré

separarme y esto psicossomático me salió por estar tan involucrada, yo creo que de alguna manera el no poder procesar y no tener herramientas, yo creía que estaba procesando, pero no estaba pudiendo separarlo me fue pasando factura en el cuerpo y de ahí la fragilidad y bueno es parte del juego. Cuando una se mete en esto tiene un precio, muchas de las cosas que he tenido las refiero a cosas que se han desatado en el cuerpo como respuesta somática, a toda la carga psicológica que venía soportando y por ahí no sé proceso lo suficiente". (Integrante 9, 5 de julio de 2022) "Es poco lo que aguantas, ves mucha violencia ahí, hay que tener herramientas para sostener mecanismos para soltar cargas y hasta dónde son esas tus cargas, es una cuestión de límites" (Integrante 5, 21 de mayo de 2022). "Hay que saber decir hasta acá llegué, el cuerpo me decía basta" (Integrante 6, 13 de junio de 2022).

Aparecen los límites como "alarmas físicas", lo cual me hizo adentrarme en los aportes de Rosi Braidotti (2018), esta autora habla de los límites no como una barrera, sino como una declaración ética, estrechamente vinculada a la necesidad de una-otra para sostener los procesos. Estamos ante procesos de desgastes que implican grados de descomposición (Lee Teles, 2020). Ante los desgastes, se hace indispensable la generación de tramas afectivas que estimulen la propia potencia y sirvan de apoyo para poder atravesar estas situaciones de manera integrativa, evitando así esta descomposición (Lee Teles, 2020).

Este grupo entonces, se puede entender como un espacio que puede potenciar umbrales de sostenibilidad (Braidotti, 2018), mediante el cual se sostendrán las múltiples estrategias micropolíticas de resistencia cotidiana de las que hablo, en relación a los devenires participativos, a través de la politización de los afectos y visibilizando el papel que los mismos tienen en los procesos de transformación social (Osorio, 2015, p. 149).

Todo esto, diagrama nuevas posibilidades para que pensemos los flujos resistenciales. Los mismos como se menciona al principio, se componen en los vínculos y tiene que ver con las posibilidades para configurar estrategias de sostenibilidad de la vida, en este caso entre mujeres, a través diversas prácticas de apoyo mutuo en red (Menéndez Díaz, 2018) mediante la politización del malestar (Gutierrez Aguilar, 2018). La politización de las emociones se configura como una nueva apuesta para pensar en la transformación de la realidad del barrio Flor de Maroñas. Estos cambios se componen a partir de la interdependencia, donde las alianzas son clave ya que componen los devenires participativos que se producen en el barrio y potencian el despliegue de los mismos.

Para finalizar con este apartado, me gustaría retomar una conversación que tuvimos con una de las integrantes, con la cual mantengo un vínculo estrecho, desde la complicidad. Me preguntó a modo de reflexión en un audio de WhatsApp: ¿qué es ser mujer en Flor de Maroñas?, en un diálogo que se vinculaba con mi acercamiento a ellas y pretendía generar cuestionamientos para pensar juntas, respondí que no era mi lugar dar respuestas, algo que

ella ya sabía. Por otro lado, sin obturar los movimientos que esta pregunta habilita y aportando a la reflexión que invita la misma, hoy escribiendo desde mi casa y siendo habitada por el intercambiador, el barrio, la plaza y sobre todo sus voces, cálidos abrazos y sonrisas al recibirme en cada encuentro en el barrio, puedo responderle que para mi ser mujer en Flor de Maroñas, es luchar cotidianamente a través del cuidado mutuo, poniendo la vida en el centro.

Finalmente, a esa compañera que en el último encuentro dirigiéndose hacia mí comentó: “viste todo lo que lograste?” (Diario de campo, 28 de octubre de 2022), haciendo alusión a nuestras reuniones. Me gustaría poder esbozar algunas líneas (a modo de respuesta), vinculadas a los efectos que esta intervención ha tenido, pero como menciono desde un principio, una de las grandes limitaciones que he encontrado al crear esta composición política, es la de seguir sumergida en la experiencia, mientras escribo.

Entiendo que esto dificulta la lectura de los efectos, pero es parte del desafío que asumí al emprender este viaje, esto no desestima la potencia que estos encuentros e intercambios han tenido para con el grupo y dan luz a este arduo proceso. Finalmente, por todo lo anterior, creo firmemente que sólo las integrantes podrán darle sentido a esos efectos y serán ellas quienes en su debido momento me lo harán saber.

En este camino jamás me sentí sola, porque es fruto del esfuerzo de todas y contiene cargas afectivas que hacen reflejo de un trabajo enteramente colectivo. Lo logramos y confío en que este, es solo el principio de un largo camino a recorrer.

“Son muchas cosas que quisiéramos decir, pero preferimos cerrar diciendo que estamos convencidas de que este es el camino. Descentralizar la lucha de las mujeres para que todas las vecinas puedan sentirse parte de esto (...)”

(Proclama manifestación 8 de Marzo, 2022. Plaza Flor de Maroñas)

Resignificaciones finales

Sin dudas este apartado ha sido el más difícil de componer, en parte porque el mismo implica un necesario cierre y por otro lado convoca múltiples movilizaciones, que se vinculan a una resignificación para con mi lugar en el barrio y en la producción académica. Esta experiencia implicó el despliegue de diversas estrategias que aún no reconocía como propias y otras que fui incorporando en el transcurso del tiempo. Las mismas están en estrecho vínculo con el transitar las experiencias desde la responsabilidad política, no sólo para contribuir a la necesaria porosidad que las prácticas extensionistas buscan crear entre la academia y el saber popular, sino también en la construcción de vínculos con otras mujeres, como parte de la construcción de mi rol profesional. Se suma a esto la centralidad que tomó la búsqueda constante de herramientas, que me permitieran construir una nueva concepción de la escritura como ejercicio subversivo.

Resignificar tiene que ver con poder mirar la experiencia desde otro lugar. Para ello, creo sumamente importante hacer foco en tres aspectos o estructuras que estuvieron en constante movimiento en esta experiencia y son parte de la continua transformación que la misma permitió. Las mismas tienen que ver con: mi manera de relacionarme con las mujeres y el conocimiento, la construcción de mi rol profesional y mi relación con la escritura académica.

En relación a las mujeres y el conocimiento, el desmontaje de algunas estructuras tuvo que ver con mi vínculo con las epistemologías feministas. Esta experiencia fue clave para el despliegue de estrategias vinculadas al concebir la metodología feminista de investigación, como una forma de posicionarme y aproximarme al conocimiento, entendiendo a este último como una construcción que se compone con una-otra. Esto supuso de la interpelación constante de las lógicas que imperaban en mi manera de relacionarme con otras mujeres y me condujo a ver la realidad desde el conocimiento situado.

Aproximarme al campo desde la multiplicidad y el conocimiento parcial del mismo, me dio pautas para pensar mi lugar en torno a líneas de comprensión, que lejos de buscar una verdad, buscaban diagramar un mapa de posibilidades y así componer mi lectura de la experiencia. Transitar así la experiencia no fue fácil, ya que me mantuvo en un movimiento constante de transformación personal.

Para producir conocimiento con mujeres se hizo necesario llevar a cabo el ejercicio de despatriarcalizar ya no solo mi escritura, sino también mi escucha, ejercicio que sin dudas sigue en pie. Aprender a escuchar desde una perspectiva feminista, implica escuchar desde la horizontalidad, con las emociones a flor de piel, abierta a que cada charla deviniera en lo

que allí se fuera configurando. De este modo, pude vivir una experiencia encarnada, como si cada historia fuera mía, no desde la apropiación, sino desde un entendimiento encarnado a través de miradas, gestos, silencios.

Por otro lado, me enfrenté a desafíos vinculados a la construcción de mi rol profesional, ya que me vi sumergida en un encuadre sumamente móvil. Tuve que acompasar mis tiempos a los del barrio, tarea que no fue sencilla, ya que las posibilidades de dominios en relación con lo que acontece día a día, pocas veces tenían que ver con mis expectativas o posibilidades. En su lugar, me encontré con un espacio-tiempo ajeno, donde hubo una interpelación constante a mi lugar en el barrio para con las integrantes del grupo. Mi rol se construyó en gran parte, entre el lugar que ellas me daban y el que yo buscaba tener. Esto implicó muchas movilizaciones del orden afectivo, ya que muchas veces me condujo hacia mis propias limitaciones y sentimientos de frustración.

Por otro lado, y vinculado a la escritura académica, la misma estuvo acompañada de muchas frustraciones, ya que los marcos que la “contienen” me resultaron sumamente incómodos. Por un lado, me gusta mucho la escritura libre y por el otro, no considero que mis habilidades ortográficas sean del nivel que la academia nos pide, finalmente jamás tuve buena relación con las normas impuestas desde la academia. Esto condujo a que mi escritura tomara forma de contraescritura académica.

De esta forma, pude sacar el foco de las autoras y conceptos, para poder escribir desde lo que las integrantes iban construyendo conmigo en cada encuentro a modo de conversaciones. Comprendí por qué escribir es un acto político, no sólo por los efectos que la misma pueda generar, sino por los procesos que se desprenden del escribir. Sentarme y hacerle frente a la hoja en blanco, pelearme con el tiempo que tenía para pensar y escribir, cumplir con cada entrega (o no) y recibir devoluciones de mi tutora y compañeras, siempre fue un desafío, pero no se compara con lo que implicó leerme una y otra vez. Leerme, era verme en lugares que habían sido fugaces y resignificar constantemente experiencias que parecían haber terminado pero seguían habitándome.

Esto me lleva a trazar pistas para pensar en otro desafío que sin dudas en momentos sirvió de motor y en otros atento a paralizar la escritura. Este desafío nace de la dificultad que encontré para transitar la experiencia en estos encuentros donde se jugaron vínculos encarnados, poder generar espacios para procesar y pensar, para finalmente poder escribir. Fueron de mucha ayuda los espacios entre compañeras de tutoría, estrategia que creo sumamente patente para poder llevar a cabo estas instancias. Por otro lado, los espacios de problematización y discusión son gran parte del motor que me permitieron escribir mientras vivía la experiencia.

En relación a este tipo de intervenciones, las relaciones y sus efectos, fue central y necesario una constante revisión de mi lugar para con el grupo, en relación a cómo se

fueron configurando las relaciones y los efectos de las mismas. Cada encuentro posibilitó la emergencia de movimientos que luego en los encuentros grupales, fueron colectivizados y esto en cierta forma posibilitó que algunos de ellos se materializaran. Esto me lleva a pensar en lo importante que es tener una ética profesional al acercarnos a territorio, entiendo que cada intervención produce efectos de diversos órdenes no sólo para con las personas, sino para con todos los componentes del campo.

En este sentido, lo ético de esta experiencia está en los vínculos que al día de hoy mantenemos entre nosotras y se refleja con el compromiso que hay cuando nos encontramos en las calles del barrio, nos abrazamos y sin decirnos nada, entendemos que el sostén mutuo sigue ahí, a pesar de que mi práctica pre-profesional haya finalizado.

Finalmente, resignificar esta experiencia a modo de cierre y reflexión, me lleva a lugares donde abundan las expectativas y deseos de volver a trabajar con ellas como compañeras, no solo desde mi lugar en la academia, sino también en la militancia por el barrio, algo de lo cual soy parte gracias a la forma en la cual me han recibido desde el primer día. Esto hace cuerpo tanto a lo encarnado de estas experiencias como a lo político del producir conocimiento en territorio.

Bibliografía

Barrancos, Dora (2021). *Historia mínima de los feminismos en América Latina* (1.^a ed.). México: El Colegio de México.

Blázquez, Norma (2010-2012). Epistemología feminista; temas centrales. En Blázquez Graf, N., Flores Palacios, F., Ríos Everardo, M. (2.ª ed.), *Investigación Feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 21-38). México: Universidad Nacional Autónoma de México. Colección debate y reflexión. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/ceiich-unam/20170428032751/pdf_1307.pdf.

Braidotti, Rosi (2018). *Por una política afirmativa: Itinerarios éticos* (1.ª ed.). Barcelona, España: Gedisa Editorial

Cabrero Blanco, Claudia. (2015). Tejiendo democracia. Resistencias cotidianas de las mujeres durante la dictadura franquista. En *Heterodoxas, guerrilleras y ciudadanas* (pp. 197-217). Recuperado de https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/34/28/_ebook.pdf

Castañeda, Patricia (2008). *Metodología de la investigación feminista*. Fundación Guatemala- CEIICH, Guatemala. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/ceiich-unam/20170428032751/pdf_1307.pdf

Colacci, Romina, Filippi Villar, Julieta y Gómez Catrilli, Eleonora (2021). Feminizar la extensión crítica: causas posibles de postergaciones y demoras. En Ridruejo, A., Colacci, R., Filippi Villar, J., Gómez Castrili, E., Rodríguez Agüero, E., Louys, L., . . . Modesto Aira, J. (1.ª ed.), *Apuntes sobre experiencias de extensión. Cuadernos feministas para la transversalización 4.* (pp. 27-47). Rosario, Argentina: UNR Editora. Recuperado de <https://tiendavirtual.unr.edu.ar/producto/experiencias-en-extension/>

Correa, Noelia (2021). *Trazos feministas sobre las condiciones históricas del trabajo en la producción de conocimiento en mujeres latinoamericanas: capitalismo, patriarcado y colonialidad*. Tesis de doctorado. Universidad Nacional Autónoma de México. Recuperado de http://ru.atheneadigital.filos.unam.mx/jspui/handle/FFYL_UNAM/3837

Da Fonseca, Aline, Frantchez, Julia, López, N., Rehermann, Florencia, Rodríguez, Alicia y Soto, G. (2019). Espacios públicos barriales y acción colectiva: un acercamiento conceptual. En Rehermann, F., Rodríguez, A., Viñar, M. E., Da Fonseca, A., Pérez Sánchez, M., Machado, G., . . . Fagúndez, D. (1.ª ed.), *Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea* (pp. 63-79). Montevideo, Uruguay: Universidad de la República

Echavarría, Corina y Bard Wigdor, Gabriela (2013). Frente a la crisis neoliberal, las mujeres se organizan: la experiencia de participación comunitaria de las mujeres de sectores populares en la Argentina. *Nomadas*, 17, 89-107. <https://doi.org/10.5354/no.v0i17.29940>

Fernández, Ana María (1993). Notas para la constitución de un campo de problemas de la subjetividad. En Fernández, A. M. (1.ª ed.), *Instituciones Estalladas*. (pp. 159-190). Buenos Aires, Argentina: Eudeba. Recuperado de <http://www.anamfernandez.com.ar/wp-content/uploads/2014/12/LIBRO.pdf>

Lenta, María Malena, Estrada Maldonado, Sandra, Longo, Roxana Gabriela, Zaldúa, Graciela (2020). Intersección entre psicología social comunitaria y feminismos: Reflexiones a partir de experiencias de investigación acción participativa. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 31(2), 238–252. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8105989>

Fassler, Clara (2007). Desarrollo y participación política de las mujeres. En *Repensar la teoría del desarrollo en un contexto de globalización. Homenaje a Celso Furtado*. (1.ª ed). (pp. 377–393). Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/coediciones/20100826110451/22Fassler.pdf>

Federici, Silvia (2020). *Reencantar el mundo: el feminismo y la política de los comunes* (1.ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Tinta limón.

Federici, Silvia (2010-2015). *El calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. (2.ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Tinta limón.

Gago, Verónica (2019). *La potencia feminista: O el deseo de cambiarlo todo* (1.ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Tinta limón.

García Dauder, Dau, y Ruiz Trejo, Marisa G. (2021). Un viaje por las emociones en procesos de investigación feminista. *EMPIRIA*, (50), 21-41. doi: empiria.50.2021.30370

Gutiérrez Aguilar, Raquel (2018). Porque vivas nos queremos, juntas estamos trastocándolo todo. Notas para pensar, una vez más, los caminos de la transformación social. *THEOMAI / THEOMAI*, 37, 41-55. Recuperado de http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO_37/3._Gutierrez-Aguilar_37.pdf

Gutiérrez Aguilar, Raquel, Sosa, Maria Noel y Reyes, Itandehui (2018). El entre mujeres como negación de las formas de interdependencia impuestas por el patriarcado capitalista y colonial. Reflexiones en torno a la violencia y la mediación patriarcal. *Heterotopías*, 1(1). Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/20007>

Hanisch, Carol (2016, junio). Lo personal es político. Recuperado julio de 2022. de http://www.diariofemenino.com.ar/documentos/lo-personal-es-politico_final.pdf

Haraway, Donna Jeanne (1995). Capítulo 7-Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En Haraway, D. J. (1.ª ed.) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La invención de la naturaleza* (pp. 331-346). Madrid, España: Cátedra.

Harding, Sandra (1993-2016). *Ciencia y feminismo*. Madrid, España: Morata.

Recuperado de

https://edmorata.es/wp-content/uploads/2020/06/Harding.CienciaFeminismo.PR_.pdf

Menéndez Díaz, Mariana (2019). Entre mujeres: “Nuestro deseo de cambiarlo todo”. Apuntes sobre el re-emerger feminista en el Río de la Plata. En VV.AA. (1.ª ed.), *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida*. (pp. 139-152). Madrid, España: Traficante de Sueños. Recuperado de https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL_Apantle_web.pdf

Lee Teles, Annabel (2009-2020). *Política afectiva: Apuntes para pensar la vida comunitaria* (2.ª ed.). Montevideo, Uruguay: Fundación La Hazienda.

Lagarde, Marcela (2006). Pacto entre mujeres: sororidad. *Revista Aportes. Asociación de Administradores Gubernamentales. Buenos Aires.*, 123–133. Recuperado de <https://biblioteca.efd.uy/document/188>.

Osorio, Daniela (2015). Repensar la Comunidad desde La Base: aportes de una investigación situada. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(2), 130-155. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/4758/475847271005.pdf>

Pérez Manzano, Mercedes. (2020). La caracterización del feminicidio de la pareja o expareja y los delitos de odio discriminatorio. En Alvarez Medina, S., y Bergallo, P. (1.ª ed.), *Violencia contra las mujeres. Relaciones en contexto*. (pp. 105-139). Buenos Aires, Argentina: Didot.

Pérez Monkas, G., Rodríguez, Alicia, Ríos, C. y Recagno, Macarena, (2019). Emergentes de los momentos fundacionales en el barrio Flor de Maroñas (Montevideo). En Reherrmann, F., Rodríguez, A., Viñar, M. E., Da Fonseca, A., Pérez Sánchez, M., Machado, G., . . . Fagúndez, D. (1.ª ed.), *Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea* (pp. 78-99). Montevideo, Uruguay: Universidad de la República

Preza, Daniela (2020). Entrega final de curso: Mujeres, luchas sociales y feminismo. Curso de formación permanente. Trabajo no publicado, Facultad de Psicología, UdelaR, Montevideo.

Ridruejo, Alejandra (2021). Introducción. Cuadernos feministas para la transversalización. En Ridruejo, A., Colacci, R., Filippi Villar, J., Gómez Castrili, E., Rodríguez Agüero, E., Louys, L., . . . Modesto Aira, J. (1.ª ed.), *Apuntes sobre experiencias de extensión. Cuadernos feministas para la transversalización 4.* (pp. 08-26). Rosario, Argentina: UNR Editora. Recuperado de <https://tiendavirtual.unr.edu.ar/producto/experiencias-en-extension/>

Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres* (1.ª ed.). Madrid, España: Traficante de sueños.

Segato, Rita (2013-2018). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda.* (2.ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.

Segato, Rita (2003-2021). *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos* (3.ª ed.). Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.

Torre, Valentina, Jorge, Victoria, Cardozo, Sofía, Pandolf, Jimena (2018). Habitar urbano en Montevideo desde una perspectiva de género. En 3º Congreso Internacional Vivienda y Ciudad: Debate en torno a la Nueva Agenda Urbana. Córdoba, Argentina

Viñar, Maria Eugenia (2020). Participación, posición comunitaria y relaciones con el estado en colectivos que construyen autonomía en la periferia urbana de Montevideo. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 31(2), 284–296. Recuperado de: file:///D:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-ParticipacionPosicionComunitariaYRelacionesConEIEs-8105991%20(3).pdf

Zibechi, R. (2019). Los trabajos colectivos como bienes comunes material-simbólicos. En VV.AA. (1.^a ed.), *Producir lo común. Entramados comunitarios y luchas por la vida*. (pp. 59-76). Madrid, España: Traficante de Sueños. Recuperado de https://traficantes.net/sites/default/files/pdfs/TDS-UTIL_Apantle_web.pdf

Zaldúa, Graciela, Lenta, Maria Malena, Longo, Roxana (2020). *Territorios de precarización, feminismos y políticas del cuidado*. (1.^a ed.). Buenos Aires, Argentina: Teseo.

